

LECTURAS BICENTENARIAS * 4 / 21

Poesías

José Batres Montúfar



BICENTENARIO
GUATEMALA
1821-2021

21 LECTURAS BICENTENARIAS | N.º 4

Poesías

JOSÉ BATRES MONTÚFAR



BIBLIOTECA NACIONAL DE GUATEMALA
“LUIS CARDOZA Y ARAGÓN”

861

B332

Batres Montúfar, José

Poesías / José Batres Montúfar. —

Guatemala: Ministerio de Cultura y Deportes de
Guatemala, 2021.

212 p.; (Colección: Lecturas Bicentenarias, N.º 4/21)

1. Poesía guatemalteca

2. Literatura guatemalteca

I. t.

PRIMERA EDICIÓN | Guatemala: Sánchez & Guise, 1845.

Obra bajo dominio público.

© Por la presente edición, Ministerio de Cultura y Deportes
de Guatemala, 2021.

* EDICIÓN AL CUIDADO DE EDITORIAL CULTURA *

Francisco Morales Santos—Carlos Arrazola, asesor
editorial—M. A. Guzmán, P. Méndez-Moreno;
S. Alaya, K. Contreras, M. F. Toledo, corrección—
M. Díaz, W. González, A. Reyes, diseño de
colección—A. Reyes, ilustraciones de portada.

Impreso en Guatemala

Printed in Guatemala

ISBN | 978-9929-774-44-5

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, binario u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

JOSÉ BATRES MONTÚFAR

Poesías

LECTURAS BICENTENARIAS | N.º 4

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTES

Felipe Amado Aguilar Marroquín
MINISTRO DE CULTURA Y DEPORTES

Cristhian Calderón Santizo
VICEMINISTRO DE CULTURA

Luis Adolfo Mijangos Recinos
DIRECCIÓN GENERAL DE LAS ARTES

Esta colección es posible gracias
al apoyo del Banco de los Trabajadores

Guatemala, 15 de septiembre de 2021

Estimadas amigas y amigos:

La conmemoración del Bicentenario de nuestra Independencia patria se constituye como una inmejorable oportunidad para que, como guatemaltecos, reflexionemos sobre los retos que hemos superado y, a partir de estas experiencias, construir juntos las condiciones necesarias que nos permitan transitar, como conciudadanos de esta bella patria, hacia el bienestar y el desarrollo del país.

En el marco de la conmemoración de esta fecha, el Gobierno de Guatemala a través de Editorial Cultura y el Banco de los Trabajadores, se complace en presentar la colección Lecturas Bicentenarias, la cual nos permite hacer un recorrido histórico por algunas de las principales obras de las letras guatemaltecas.

La publicación de este catálogo de obras es el resultado de un minucioso trabajo de selección, edición y diseño —liderado por el Ministro de Cultura y Deportes—, cuyo principal objetivo es el de reconocer el extraordinario aporte de

nuestra literatura a la literatura universal y contribuir al entendimiento de los distintos procesos que han configurado nuestra historia.

Les invito a conmemorar esta fecha a través de la lectura de estos fascinantes títulos, esperando que puedan compartirlos con familiares y amigos, a fin de contribuir a su amplia difusión, y que entre todos generemos un acervo que nos permita reconocer y apreciar la tradición literaria guatemalteca.

Atentamente,



Alejandro Eduardo Giammattei Falla
Presidente de la República de Guatemala

LECTURAS BICENTENARIAS:
UN RECORRIDO HISTÓRICO POR
LAS LETRAS GUATEMALTECAS

La obra que tiene en sus manos forma parte de la colección literaria Lecturas Bicentenarias, un homenaje y reconocimiento por parte del Ministerio de Cultura y Deportes a los hombres y mujeres que a través de sus letras han enaltecido el acervo cultural de Guatemala a lo largo de su historia. La colección forma parte de los actos simbólicos de la conmemoración del Bicentenario de la Independencia, y tiene como fin resaltar la riqueza literaria que se ha producido en el país desde antes de ser una nación independiente.

La historia política de Guatemala ha sido registrada en diversos espacios, en donde miles de hombres y mujeres han plasmado sus ideas, propuestas e impresiones sobre lo que significa este país, su gente, su identidad, su esencia y sus contradicciones. Políticos, intelectuales y artistas, cada uno desde su perspectiva ideológica y visión personal, han contribuido al enriquecimiento de las letras guatemaltecas y aportado a la literatura universal.

Esta colección no es una lista definitiva, ni mucho menos; es apenas una reducida muestra de algunas de las obras más emblemáticas. Faltan muchos nombres, pero no sobra ninguno. Desde la primera traducción al español del *Popol Vuh*, libro sagrado del pueblo K'iche', hasta *La Independencia: Su bicentenario (1821-2021)* —un recorrido histórico del antes, durante y después del proceso de emancipación—, especialmente escrito para conmemorar la efeméride por el maestro Enrique Noriega.

La línea gráfica de la colección se inspira en el majestuoso diseño arquitectónico del Centro Cultural Miguel Ángel Asturias, una de las máximas expresiones artísticas del país, que forman parte de nuestra identidad.

Guatemala, 15 de septiembre de 2021.

PRESENTACIÓN EDITORIAL

La tradición literaria de Guatemala es una de las más complejas, ricas y extensas de la región. Parte de la oralidad primigenia hasta alcanzar el texto escrito, atravesando y testimoniando su tiempo; a la vez que se asienta en la amplia diversidad de espacios culturales y lingüísticos sobre los que se cimienta la identidad de la nación.

En torno a los títulos que integran esta selección titulada *Lecturas Bicentenarias*, es necesario manifestar que, dado el contexto antes mencionado, resulta difícil hacer justicia a la totalidad de autores destacados en narrativa y poesía, por lo que todo intento antologador no es sino una aspiración, en lo posible, a resaltar los relieves del mapa de la literatura guatemalteca.

Esto no impide que, con motivo del Bicentenario de la Independencia de Centroamérica, nos hayamos propuesto integrar esta colección, de modo que sirva como una muestra representativa de los últimos siglos de la literatura nacional.

En tal sentido, este esfuerzo editorial abarca la antigua historia de los pueblos de Iximulew, la colonia, el proceso de independencia, el modernismo, las vanguardias estéticas y el pleno desarrollo de una variedad de estilos e influencias a lo largo del siglo XX.

El primero de los libros que conforman estas *Lecturas Bicentenarias*, redactado en el siglo XVIII, recupera la palabra milenaria de los pueblos mayas y evidencia la continuidad de la antigua expresión poética mesoamericana. Para suerte nuestra no fue Diego de Landa, sino el dominico fray Fran-

cisco Ximénez (1666-1729), quien como párroco de la iglesia de Santo Tomás Chichicastenango conoció el manuscrito original en k'iche' del libro que hoy conocemos como el *Popol Vuh* y lo tradujo al castellano.

Casi medio siglo después, en 1767, como resultado de la expulsión de los jesuitas en los territorios bajo el dominio de Carlos III, Rafael Landívar (1731-1793), miembro de la compañía, se exilió en Bolonia, donde escribió en latín eclesiástico una de las obras fundacionales de la poética de la Nueva España, la *Rusticatio Mexicana —Por los campos de México—*, título con el que se propone nombrar los reinos ocupados de dicha región, tal y como el mismo lo manifiesta al escribir:

Intitulé este poema Rusticatio Mexicana, ya porque casi todo lo en él reunido a los campos mexicanos atañe, ya también porque advierto que comúnmente en Europa toda la Nueva España recibe el nombre del de México, sin que se tome para nada en consideración la diversidad de reinos.

Mas en este opúsculo no tendrá cabida alguna la ficción, si se exceptúa la que presenta a los poetas cantando a la orilla del lago mexicano. Lo que vi, refiero, y lo que me han manifestado testigos oculares, por otra parte veracísimos. Cuidé, además, de verificar lo más singular de lo asegurado por la autoridad de los testigos oculares.

Seguido de este magno poema, se revisita las obras de tres representantes del siglo XIX: María Josefa García Granados —*la Pepita*— y José Batres Montúfar, cuyas infancias transcurrieron en la última noche del período colonial; y José Milla y Vidaurre, nacido justo un año después de la declaración de la Independencia.

La Pepita (1796-1848), nacida en España, es por derecho propio una figura fundamental para la poesía satírica y polémica.

mica, además de ser el primer antecedente documentado del feminismo guatemalteco, tal y como lo afirma la académica Aida Toledo en las páginas preliminares del volumen que reúne su obra. Por su parte, José Batres Montúfar (1809-1844), miembro de un familia aristocrática en descenso, políglota, ilustrado en la poesía europea, dejará una obra breve pero considerada central en el canon de nuestra región, en especial por sus *Tradiciones de Guatemala* y por el que es, probablemente, el poema más memorizado en la historia del país: “Yo pienso en ti”. La obra de este poeta fue recuperada gracias al esfuerzo de su amigo José Milla y Vidaurre (1822-1882), quien, por su parte, con sus novelas de carácter histórico es el primero en cultivar de manera sistemática el género narrativo.

En estos tres autores se evidencia una cultura muy amplia, un lenguaje puro y una imaginación aguda, que más que mover a los lectores a la hilaridad los lleva a conocer ciertas peculiaridades de la sociedad en las que les tocó vivir.

En el alba del desarrollo de la literatura guatemalteca de comienzos del siglo XX, resalta la influencia de varios escritores latinoamericanos; siendo el primero de estos el poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), cuya primera estancia se registra entre junio de 1890 y agosto de 1891, con visitas recurrentes entre 1892 y 1915, quien además, con apoyo del Estado guatemalteco, fundó *El Correo de la Tarde* en diciembre de 1890, diario que, a pesar de su corta vida, registró el encuentro entre el padre del modernismo y la emergente figura de Enrique Gómez Carrillo (1873-1927).

Al destacar rápidamente como periodista, Gómez Carrillo encuentra en este espacio la oportunidad para salir de Guatemala e iniciar su trayectoria como corresponsal y trotamundos, que lo llevó a ser reconocido como el “Príncipe de los cronistas”. Su bibliografía registra alrededor de ochenta libros, de géneros variados, y su labor periodística abarcó paí-

ses de Europa, África del Norte, Asia y América, estableciendo un estilo propio por el cual fue elogiado en innumerables prólogos, estudios y reseñas de autores como Benito Pérez Galdós y Maurice Maeterlinck. Así mismo, en España dirigió la revista *Cosmópolis* (1919-1921) donde abrió las puertas a las primeras publicaciones y traducciones de jóvenes escritores latinoamericanos de la talla de Jorge Luis Borges, Vicente Huidobro y Enrique González Martínez.

Ante la irrupción del modernismo y de las vanguardias estéticas, Guatemala aporta una serie de escritores, de los cuales rescatamos para este tramo de la colección a Rafael Arévalo Martínez, Miguel Ángel Asturias, César Brañas y Luis Cardoza y Aragón.

Rafael Arévalo Martínez (1884-1975), el gran escritor modernista, realiza una mordaz sátira al sistema político de su tiempo con *La Oficina de Paz de Orolandia*, aunque su fama como gran prosista ya era ampliamente reconocida en el continente desde la aparición de su cuento “El hombre que parecía un caballo” en 1915. Miguel Ángel Asturias (1899-1974), el Gran Lengua, posiblemente el más universal de los escritores guatemaltecos, segundo escritor latinoamericano en ganar el Premio Nobel de Literatura, recrea un universo simbólico que rompe con las formas establecidas, convirtiéndole en uno de los pilares del realismo mágico. César Brañas (1899-1976), por su parte, fue un escritor prolífico quien desde su posición en *El Imparcial* impulsó el discurso literario emergente de la Guatemala de su tiempo. Sus libros *Viento Negro* y *Figuras en la arena* constituyen los más destacados de su extensa obra poética. Sin embargo, hemos optado por recuperar una faceta menos conocida de su escritura, como lo es su narrativa corta. Finalmente, cerramos la sección dedicada a los albores del siglo XX con una selección poética de Luis Cardoza y Aragón (1901-1992), con la intención de

evidenciar el papel y la influencia de este gran autor en los movimientos posteriores, tendientes a la vanguardia y experimentación, que surgirían a lo largo de la segunda mitad de la centuria.

A partir de este momento, se abren paso un sinnúmero de hombres y mujeres como Manuel José Arce y Valladares (1907-1970) —quien vuelve al verso clásico español—, Humberto Hernández Cobos (1905-1965) —cuyo poema *El Resucitado* publicamos con un riguroso estudio de la poeta y crítica literaria Delia Quiñónez—; Francisco Méndez (1907-1962), quien en *Cuentos de Joyabaj* recupera una parte importante de la oralidad de los pueblos del norte del Quiché; y Augusto Monterroso (1921-2003), premio Príncipe de Asturias de Letras del año 2000, máximo exponente del cuento corto, tanto dentro como fuera de las fronteras de nuestra lengua.

Gracias a los cambios suscitados durante los años 40 y 60, el clima literario guatemalteco ve surgir un estallido de voces y movimientos generadores de obras que serán relevantes para comprender las décadas siguientes. Para esta segunda mitad de siglo, incluimos textos de tres de las máximas exponentes de la poesía de su momento, protagonistas privilegiadas de los cambios que darían forma a nuestra sociedad actual: Margarita Carrera (1929-2018), quien además de ensayista y académica reconocida, fue consagrada por su desbordante y melancólica poesía, sobre todo por *Del noveno círculo* (1977); Ana María Rodas (1937), quien se catapultó al escenario de la literatura latinoamericana con *Poemas de la izquierda erótica*; e Isabel de los Ángeles Ruano (1945), poeta inabarcable, dueña de un exquisito lirismo que surca entre lo clásico y lo contemporáneo.

El viaje por la literatura de nuestro país continúa con *Cárcel de árboles*, una de las obras más representativas de Rodrigo

Rey Rosa (1958); y finaliza con dos obras que presentan una nueva escritura: *Eva y el tiempo* de Lorena Flores Moscoso (1974) y *Sq'aqaw yechel aqanej / Gemido de huellas* de Sabino Esteban Francisco (1981), escritor q'anjob'al, uno de los representantes más recientes de la continuidad de la poesía maya; cerrando así, el ciclo iniciado con el *Popol Vuh*, mas no la colección, a la cual se suma un estudio titulado *La Independencia: Su bicentenario (1821-2021)*, comisionado al poeta Enrique Noriega, con el fin de dar contexto a estas obras y de hacer un sumario desde la visión histórico-política del devenir del proceso de Independencia.

Así pues, *Lecturas Bicentenarias* es tan solo una breve panorámica de las obras que conforman nuestra tradición literaria, mas su importancia es de primer orden, tanto por la diversidad de obras como por el número de autores que la integran.

Estamos conscientes de que faltan muchos nombres importantes y esperamos la oportunidad para seguir añadiendo obras que permitan poner a disposición de los lectores guatemaltecos aquellos libros fundamentales para entender nuestro presente, desde el entramado de la memoria colectiva y la historia que compartimos.

El editor.

PRÓLOGO A LA XX EDICIÓN

José Milla

¡Pobres poetas! Cuando en nuestros ratos perdidos leemos vuestros pensamientos, tomámoslos por ficciones inventadas con el objeto de distraernos, ignorando quizá que habéis sentido cuanto en ellos nos decís. Cada verso os cuesta una sensación, y esas rosas frescas y matizadas en cuyo caliz respiramos un aura embalsamada, han dejado sus espinas en vuestras almas.

Estas tristes y sentidas palabras de Blaze revelan el destino de la poesía y pintan al poeta en sus relaciones con la sociedad. En aquella no ven muchos, y quizá todos, más que una agradable mentira, un delirio que de algunos cerebros exaltados se apodera, y en este, una especie de monomaniático, cuya locura no es perjudicial sino a él mismo y cuya inspiración que a la vez sirve de algo, debe estar siempre pronta al capricho del primero que llega. Tan cierto es esto, que las mentiras de los poetas se han hecho proverbiales; y casi, casi, se cree que en la poesía, tejido de exageraciones y falsedades, no se encuentra un solo sentimiento verdadero, una idea que sea cierta en el concepto del que la escribe. En una palabra; se cree que los versos se hacen (según una feliz expresión de D. N. P. Díaz) con la cabeza y la pluma y no con el corazón y el sentimiento. Esto, que quizá habrá sido verdad en algunas épocas y que lo será aun respecto de ciertas personas; creo que generalmente hablando, está muy lejos de serlo en el día mucho más respecto del autor de este libro. Algunos escritores han observado, y entiendo que es una

verdad reconocida, que la poesía toma el carácter del siglo a que pertenece, camina como él; respira sus ideas dominantes; y que las fases bajo las cuales aparece, se diversifican y mudan a medida que varían la civilización y el espíritu de la época. Analizar las actuales tendencias de la sociedad, medir la civilización, y examinando el espíritu del siglo, manifestar que la poesía de hoy está en consonancia con él y es una expresión suya, empresa es que yo no podría acometer sin temeridad. Hugo, Lamartine y el español Díaz a quien antes he citado, han trazado con plumas felices y pintado con vivos colores, el cuadro de la poesía actual, analizando su espíritu y sus tendencias, y presentándola en armonía con las costumbres, las creencias, los sentimientos y hasta la política del siglo.

Esto puede hacerse cuando el que escribe tiene todos los datos y la ciencia que semejante análisis demanda y cuando además, hay poesía en que se vea un plan, una idea dominante, un espíritu fijo.*

Excusado parece decir que el que escribe estas líneas, está muy lejos de pensar que tenga lo primero; y el que lea estas poesías no dejará de convenir en que en ellas no se encuentra lo segundo.

Aplicar a lo que se escribe entre nosotros el compás con que se mide lo que en el extranjero se publica, es lo mismo que querer medir nuestra civilización y nuestras costumbres por la civilización y costumbres europeas. Y esto, no solo en cuanto

* No se crea que cuando hablo de una poesía en que se vea un plan, un espíritu fijo, etc., sea que piense que la poesía pueda ser objeto de un sistema premeditado o resultado de un plan anteriormente combinado. Yo mismo he dicho que se escribe con el corazón y no con la cabeza; y así cuando hablo de esto, supongo en la poesía un espíritu que quizá el mismo poeta no conoce y que otros califican; un sistema de ideas que él no ha combinado fríamente, y al cual se siente arrastrado sin saberlo, en fuerza de mil circunstancias, entre otras de ese espíritu del siglo de que voy hablando.

al mayor o menor mérito de lo que se escribe, sino también en cuanto a su espíritu y objeto. Si tenemos una sociedad compuesta con elementos diferentes de los que forman la base de otras sociedades, si nuestra civilización está muchos grados atrás de la de los pueblos que marchan al frente del siglo, si nuestra forma de gobierno, nuestras ideas y nuestras costumbres y gobiernos de otros pueblos. ¿Qué extraño es que lo que entre nosotros se suele escribir, que una u otra chispa que acierta a brillar, sea todavía una especie de embrión informe, incalificable, que revela tan solo acaso las ideas y sentimientos de su autor, y de lo cual nada respecto de la sociedad puede concluirse? Nuestro siglo que, en mi humilde entender, propende a las mejores positivas y se distingue por el espíritu que en él se nota de sacar de todo ventajas sólidas y utilidad real, ha abandonado enteramente las abstracciones, y ha sabido explotar hasta las obras de imaginación, haciendo que concurren también por su parte y paguen su tributo al *positivismo*. Testigos esos romances en donde se hace la exposición y la defensa de grandes sistemas, en donde, como de paso y jugando se agitan cuestiones de vida o de muerte para las sociedades y en los cuales se proyectan y desenvuelven reformas de la más alta importancia. El teatro, en tiempos anteriores, menos atrevido y extenso en sus miras, se ha prestado ya en nuestros días a más granDiosos fines; y dramas hay cuyas tendencias son quizá incalculables, o que, por lo menos, se elevan mucho de la esfera antigua de las composiciones dramáticas.

La poesía lírica que por su naturaleza parece no debía resentirse de estas grandes alteraciones, ha venido al fin a ser un campo de exposición de sistemas filosóficos, políticos y aún religiosos. Poetas hubo en verdad, que deploran la pérdida de los sentimientos, que dirigieron sarcasmos al siglo por su espíritu de positivismo, su falta de verdadera fe y su indolente egoísmo; pero la sociedad no podía retroceder y ellos fueron

arrastrados por el torrente. El espíritu de utilidad cunde, pues, por todas partes, lo abraza todo y la frivolidad impelida y estrechada, cede el campo a la razón severa. Pero entre nosotros no podían exigirse rigurosamente todas esas ventajas sólidas que aún en la poesía lírica se palpan en las obras de Lamartine, Hugo, Espronceda y Zorrilla.

Así no debe parecer extraño que en las poesías de don José Batres Montúfar de que voy a ocuparme, no vea un espíritu fijo, una idea dominante que presida a la obra.

Batres era uno de aquellos hombres que no siguen resuelta y exclusivamente un sistema, que no se alistan en un partido, abrazando desde luego todas sus exageraciones y adoptando hasta sus demasías. Así es que apreciaba muchísimo los escritores que antes se llamaban clásicos, entendiéndose por esto, los grandes maestros, los modelos que como dignos de imitación se recomiendan: que después se dio este nombre a los escritores opuestos, *románticos*. Estos últimos, proscribiendo casi todas las reglas que hallaban establecidas, predicaron el nuevo dogma de la libertad literaria y proclamaron la independencia de los preceptos. Batres comenzó a escribir cuando todavía no se conocía (al menos entre nosotros) el sistema de los innovadores; así, algunas de sus poesías se resienten de lo que éstos llamarían refinado *clasicismo*. Después, cuando algunos diarios extranjeros y los pocos libros que de Europa suelen venir, anunciaron la aparición de la nueva escuela, y sobre todo, cuando el Sr. Urioste nos dio en sus composiciones tan magníficas muestras de ella, Batres, no diré que se alistara en el nuevo partido, que abrazara la nueva secta; pero sí modificó un tanto su estilo y dio un vuelo más libre a sus ideas. Su imaginación, verdaderamente fecunda, pudo ya campar más libremente; y en el poema del *Relox*, que es la última de sus composiciones, se ve una prueba de lo que digo.

He asegurado anteriormente que lo que se escribe entre nosotros no es más que una revelación de las ideas y sentimientos del autor; pero no por esto quiero afirmar que lo que se escriba sea tan absolutamente aislado, tan exclusivo, que en ello no se note algún rasgo que dé una idea, aunque ligera, del estado de nuestra sociedad y de nuestras costumbres. El poeta, por superior que sea a su siglo, tiene que ser casi siempre una expresión de las ideas que prevalecen en su tiempo aun cuando no sea más que para combatirlas o censurarlas. Compárese si no, lo que ahora ha treinta años, y bajo otro gobierno escribía el Dr. Goyena, con lo que hoy día ha escrito Batres, y se observará una gran diferencia en el espíritu de ambos autores. El país entonces, virgen de las revoluciones que después lo han desgarrado, sentía impulsos a la independencia, hacía esfuerzos por levantarse, luchaba con envejecidas preocupaciones y antiguos prestigios, las ideas constitucionales estaban en boga el deseo de una libertad que después no se supo comprender, era a la moda; y una especie de vértigo inflamaba todas las almas y traía conmovidos los espíritus. Así es que la mayor parte de las poesías de Goyena tienen un objeto político, el cual brota bajo su pluma en diversas y variadas formas. El espíritu con que escribe, el entusiasmo que manifiesta y el atrevido calor con que a veces levanta la voz para satirizar a los gobiernos mismos, prueban que en su tiempo aún no se habían visto los horrores de nuestras guerras intestinas, hasta tocar con las más espantosas realidades. Y esto, sin embargo de que ya su espíritu altamente previsor había adivinado muchas de las desgracias que se nos preparaban. Otras veces empleaba Goyena su gran talento y fecundo ingenio en hacer una multitud de juguetes de imaginación, que entonces llamaban inocentemente *travesuras*; multitud innumerable de improvisaciones, acrósticos, días y agudezas de todas clases: *difíciles nugae* que en todas formas ya cada momento brotaba su talento para divertir a la sociedad en

donde eran entonces muy de moda. Ellas marcaban el espíritu de la época; edad de oro, medio patriarcal todavía, en que nuestros padres que jamás habían visto el humo de los festines del extranjero, se sentaban en familia junto al hogar doméstico, y en vez de promover cuestiones desagradables concluían sus alegres reuniones oyendo las improvisaciones inocentes del poeta. Mas, si hoy Goyena viviera entre nosotros, me atrevo a asegurar que sería muy otro el espíritu de lo que escribiera; sería sin duda el que debía ser, el de la época actual. Y siendo tan diferentes como son los rasgos que a esta caracterizan de los que de los que al paso en la anterior se habrán notado, ¿parecerá extraño el espíritu que reina en los versos de Batres? ¿Podría acaso, un hombre de corazón y sensibilidad, mirar con ojo indiferente el deplorable estado a que nuestras discordias nos han reducido? ¿Podría esperarse otra cosa que una sonrisa de amargura, que un profundo sarcasmo en lo que él escribiera? Porque la jovialidad que algunos de sus versos respiran, es más bien una amarga ironía, es a veces un rasgo de despecho, es el alarido del corazón que ha pasado por las más espantosas decepciones. Y cuando en medio de sus cuadros, ya melancólicos, ya risueños, le asalta repentinamente y a pesar suyo la idea de esa patria siempre querida, dirígele su voz tristísima y le dice exhalando en cuatro sentidos versos toda la amargura de su alma:

*¡Oh patria, cara patria! disimula
Si tus llagas no riego con mi llanto;
Más ya mis ojos cóncavos y huecos
A fuerza de llorar quedaron secos;*

Tanto en los versos de Goyena como en los de Batres, se encuentran, es verdad, sales y agudezas: ambos ríen a la vez; pero hay la diferencia que la risa del uno viene quizá del corazón y la del otro acaso no está sino en los labios. También

Byron ríe; pero es una risa que hace llorar. También Larra es jovial y satírico; pero muchas de sus jovialidades desgarran el corazón. Goyena escribe con todo el buen humor de Quevedo, y la pluma de Batres destila, a veces, gota a gota toda la amarga ironía de Fígaro.

Una de las cosas que más caracterizan estas poesías es la exquisita sensibilidad que en ellas descubre su autor. Díganlo si no muchísimos pasajes del poema titulado: *El Relox*, algunos del *Don Pablo*, la sentida y triste canción que comienza *Aquí en mi pecho*, y más que todos sus versos el precioso madrigal que lleva por nombre: “Yo pienso en ti”. Esta tristísima poesía compuesta de solo cuatro estrofas, revela el alma entera de un hombre tan tierno como desgraciado en el amor. Es un acento desprendido y arrancado de lo más íntimo del corazón, es la expresión de esas hora de lenta y dolorosa agonía en que el alma agobiada bajo el peso de un inmenso dolor, no tiene ya fuerzas para exhalar una sola queja, de esas horas sin lágrimas:

Sin lucha, sin afán y sin lamento:

Horas perdidas para la existencia, porque aquello no es existir, porque el dolor ha roto las arterias del corazón y aquella vida es la muerte del sentimiento. ¡Cuántas veces me dijo él mismo que la idea de esta composición la había alimentado tres años enteros; era su idea querida, la expresión más íntima de sus dolores! ¡Tres años para cuatro estrofas en que (¡Quién sabe!) tal vez la mayor parte no verá más que un verso como otro cualquiera! Pero el hombre que abriga aún un sentimiento en el corazón, el hombre cuya alma no se ha desecado enteramente, no dejará de ver con interés esas sencillas estrofas, esa idea enclavada en la memoria.

Sóla, fija, sin tregua, a toda hora...

Esa lágrima del poeta perdida acaso como una gota de rocío en un arenal desierto, ese suspiro del corazón que pasó, pasó, confundida talvez...

Entre el vano estrépito del mundo.

En la magnífica composición al desierto de *San Juan*, que era la introducción a otra más extensa, que no llegó a tener efecto, después de haber trazado con rasgos valientes la soledad tranquila del desierto, el ruido del mar, las fieras y las aves, apostrofa al páramo que desgraciadamente lleva el nombre de su hermano a quien todavía llora y le dice:

*Tu nombre tenía mi amigo, mi hermano,
Sobre él derramaste tu odioso veneno,
Apenas bebiendo su aliento temprano
El hálito impuro que brota tu seno,*

Y cuando concluye:

*¡Por él te maldigo! ¡por él te saludo!
Mis lágrimas guarda, maldito desierto...*

Parece que el poeta bebe hasta el fondo de la copa de la más amarga inspiración.

Otra de las cosas que más llama la atención en las poesías de Batres por el extraño juego que hace con la profunda tristeza de algunos de sus conceptos, es la ligereza ingeniosa y jovial, los rasgos picantes y los animados contrastes que a cada paso nos ofrece: vemos por ejemplo en las *Décimas sobre el suicidio*, después de contemplar la muerte desastrosa de los grandes hombres de la antigüedad, aparece detrás de todos.

*Al Apóstol Iscariote
con un dogal en la gola*

Y concluir la estrofa con la vehemencia de que he hablado, deseando la misma suerte:

*A todos sus sucesores
que a su patria y bienhechores
clavan saetas agudas.
¡Que se maten como Judas,
los ingratos, los traidores!...*

Antes de pasar a hablar con alguna detención, como deseo, de las composiciones llamadas *Tradiciones de Guatemala*, permítaseme una palabra sobre la traducción de Horacio de la *Oda a Pirra*. Esta pequeña composición hace que se sienta más la muerte prematura del autor, que no permitió hiciera, como pensaba, otras muchas versiones de los clásicos latinos, en las que probablemente se hubiera encontrado la misma sencillez, igual suavidad y pureza a las que en dicha traducción se notan. En ella supo Batres presentarnos al gran poeta latino ataviado con modernos adornos; más de tal modo apropióselos que le vimos con las nuevas galas y sin que en él postizas pareciesen. Hay en esta traducción una abundante riqueza de expresiones junta con aquel sabor clásico de la antigüedad. En la primera estrofa dice:

*¿Quién es job Pirra! el doncel
que entre perfumes y flores
te dice blandos amores,
en la gruta del vergel?*

No es fácil escribir con más pureza y armonía. Luego, previendo la suerte que al incauto mancebo aguarda, pinta

primero en una imagen bellísimamente traducida la felicidad del desgraciado amante que:

*En plácido mar navega,
el aura su sien halaga,
y al soplo del aura vaga
la blanca vela despliega.*

Y concluye después en la hermosísima estrofa en donde dice:

*En breve el dormido mar
alzarse verá tremendo,
turbias, henchidas, hirviendo,
las olas verá rodar.*

Leyendo esto, repito, no puede uno menos que sentir que Batres no haya hecho algunas otras traducciones de los antiguos, como proyectaba.

Pero las composiciones más dignas de notarse en esta colección por su espíritu y carácter verdaderamente nacional, son las que llevan el título de *Tradiciones de Guatemala*. Parécenos al leerlas que nos sentimos transportados a los tiempos felices de ahora sesenta años: vemos la educación, las costumbres, las ideas, las preocupaciones y hasta los trajes, todo retratado con igual verdad y gracia. Innegable me parece la utilidad de la composiciones de esta especie. Las tradiciones son los recuerdos de los pueblos, sagrado depósito en que las generaciones transmiten unas a otras, el alma y la vida de las épocas pasadas. Ellas revelan lo que la gravedad de la historia debe pasar en silencio, pormenores secretos de la vida doméstica en que aquella quizá no puede entrar, ellas, en fin, forman la no interrumpida cadena que ata y mantiene el espíritu de las

sociedades. Así, vemos en las composiciones de Batres, de que voy hablando, un misterioso reflejo de aquellos tiempos, una variada crónica amenizada con las gracias de la poesía. Vemos en don Pablo un mozo de aquellos tiempos en que traían alborotada la ciudad los amigos.

Calaverones tres los más membrudos:

Parécenos ver a uno de los tales conmoviendo las aulas de donde le despiden, turbando la paz de las familias y creciendo en años y en ignorancia:

*Pues por más que estudiaba y que leía,
Solo el “faemineis junges” retenía.*

Y no que este sea el tipo de toda la juventud de entonces; estoy muy lejos de pensarlo así; pero sí creo que puede por él juzgarse de una clase, y que por el estilo de don Pablo eran muchos de los jóvenes pisaverdes de ahora ha cincuenta años. Don Pascual del Pescón es como él le pinta, un hombre como muchos de entonces, caballero rico, morigerado y buen cristiano, que se recoge a las ocho de la noche, y a las seis de la mañana del siguiente día se ha desayunado y oído misa: que es por supuesto archicofrade del Santísimo; además:

Coronel de milicias retirado

Y tercero del Carmen; sujeto que manifestó muchísimo ardimiento cuando se creyó que el reino estaba en peligro:

*Y que pudiera ser que hubiera guerra
No sé si con la Francia o la Inglaterra.*

¡Con cuánta verdad pinta las antiguas costumbres, y so pretexto de censurarlas, acomoda útiles lecciones para la edad presente! La educación sobre todo merece su atención principalmente, y la recomienda y hace ver su necesidad en la ridícula pintura de sus personajes.

Pero donde Batres se ha manifestado, a mi modo de ver, como un verdadero poeta y digno de este nombre, es en el cuento que lleva por nombre *El Relox*. Allí, a su voz que llama sobre el sepulcro de las antiguas y casi olvidadas tradiciones, vemos levantarse la edad pasada, rica en vigor y fuerzas; vemos aquella sociedad monárquica con sus magníficas fiestas reales; vemos surgir de entre el polvo a aquella Guatemala, anterior a la ruina, con sus costumbres españolas y casi de la Edad Media todavía; pero infinitamente modificadas por nuestro carácter particular, notamos un cierto color local en todos sus cuadros, asistimos al curioso espectáculo del *Paseo de Santa Cecilia*; nos parece ver al vivo los caballeros, las damas, las colgaduras, los corceles y sus bordados paramentos, el oro y los tisús: contemplamos un mundo aparte, parécenos una sociedad diferente en donde, si algunas cosas ridículas hoy arrancan una sonrisa a nuestros labios, respiramos la tranquilidad y la alegría. Si fuera yo a seguir punto por punto la marcha del poema, mi relación sería interminable: me limitaré, pues, a recomendar a los lectores esa hermosa composición cuya segunda parte desgraciadamente está sin concluir, añadiendo, además, que en algunos pasajes de ella se ha reflejado al vivo el carácter del autor. El argumento que en el fondo es verdadero y muy sencillo, no hubiera interesado sin la multitud de episodios que lo adornan. Entre estos hay algunos como el citado del *Paseo de Santa Cecilia*, que son verdaderamente graciosos. Los rasgos filosóficos abundan en ellos y la especie de ligereza y aún descuido con que los presenta, contribuye a hacer completo el éxito de este poemita. Para dar una muestra de la sonoridad

y fluidez de los versos, sería necesario copiarlos casi todos, y señalar las agudezas y rasgos picantes que en la composición se encuentran, era empresa muy dilatada. Baste decir que en algunos lugares ha imitado el autor felizmente la ingeniosa ligereza de Casti, y en otros nos recuerda la tierna y amarga inspiración de Byron, sus modelos.

El genio de Batres se refleja en sus versos, como he dicho antes. No es extraño por tanto, el encontrar en ellos al lado de los rasgos sublimes que pintan el vuelo noble del corazón y la ternura del alma, el quejido del dolor y la voz del prematuro desengaño. Es imposible no conmoverse al leer algunos de esos versos que quizá revelan una historia, que llevan talvez una decepción, y en los cuales sabe uno que está pintada la pérdida de una ilusión, la muerte de una esperanza. Sí, porque muchas de *esas rosas han dejado sus espinas en el corazón del poeta*; espinas que la sociedad no ve cuando lee indiferente las estrofas que para ella están acaso vacías de sentido. He aquí el destino del que escribe: feliz el que es comprendido, y más feliz aún aquel a quien se ayuda a sentir.

¡Batres ya no existe!... Cerráronse sus ojos a la luz y su corazón al sufrimiento. Quédanos, sin embargo, una memoria suya consignada en las páginas de este libro que él nos dejó como una parte de sí mismo. Aquellos, cuyo corazón insensible a la ajena desgracia no sienten ya ni se conmueven, sino al contacto de sórdidas afecciones y mezquinos intereses, aquellos que en la poesía no ven más que una mentira y un vano pasatiempo, ciérrrenlo, que para ellos no se ha escrito este libro. Otros habrá quizá que no escuchen con indiferencia esta voz que sale de un sepulcro, este acento del poeta que ya no existe, y que acaso al oírla hagan un triste recuerdo al autor de estos versos.

Guatemala, septiembre 20 de 1845.

OPINIÓN LITERARIA

QUE DE NUESTRO GRAN POETA NACIONAL, EXPRESÓ EL EXIMIO LITERARIO ESPAÑOL, DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO, EN EL TOMO I. DE SU OBRA *ANTOLOGÍA DE POETAS HISPANO-AMERICANOS*, PUBLICADA BAJO LOS AUSPICIOS DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

Don José Batres Montúfar, es la verdadera gloria poética de Guatemala. Su nombre, apenas conocido fuera de los lindes de su República natal hasta estos últimos años, comienza ya a ser colocado por unánime parecer de los hombres de buen gusto, en el número reducidísimo de los poetas de primer orden que produjo la naciente literatura hispanoamericana. Ni a Heredia, ni a Bello, ni a Olmedo, se les hace injuria con poner cerca de sus nombres el de este contemporáneo suyo, cultivador de una poesía tan diversa, pero no menos exquisita en su género, con ser este uno de los géneros menos elevados y aún menos recomendables del arte literario. Batres debe la gloria, no a sus escasos versos líricos que, sin ser despreciables, nada tienen de particular (exceptuando, si acaso, por su carácter íntimo, el famoso *Yo pienso en ti*, que quizá ha sido elogiado en demasía) sino a tres cuentos alegres y livianos, que llamó sin duda por broma *Tradiciones de Guatemala*, y que en realidad son casos de crónica escandalosa que pueden ser de cualquier país y tiempo. No es necesario mucho rigor moral para condenar el género en sí mismo, no ya en nombre de los preceptos de la ética, sino en nombre del ideal poético que en tales obras se escarnece y vilipendia; pero si hay casos

en que pueda ser lícita, o a lo menos disculpable, la tolerancia en materia tan resbaladiza, uno de estos rarísimos casos es, sin duda, el de Batres, con cuyos cuentos es imposible que deje de reírse a carcajadas el moralista más intransigente. Y el chiste no depende aquí de la vil lascivia, que nunca puede ser fuente de placer intelectual y desinteresado, sino de la virtud purificadora del donaire y del prestigio elegantísimo de la forma, la cual tiene por sí misma tal valor, que anula y destruye el prosaico y vulgar contenido y deja campear libre y sola la graciosa fantasía del poeta, a quien no se puede menos que admirar, lamentando al propio tiempo que malgaste tan opulenta vena cómica en tan vil materia. Pero justo es decir que aunque Batres sea poeta un tanto licencioso y provocante a la risa, dista mucho de ser poeta obsceno ni provocante a la lascivia, en cuyo caso no merecería con sus modelos, con Lafontaine y con el abate Casti, resulta casi honesto, y ni se ve el afán de insistir en pormenores torpes, ni la franca alegría y el regocijado humorismo del poeta dejan de corregir o atenuar lo que puede haber de liviano en la concepción.

Todos estos tres cuentos, *Las Falsas Apariencias*, *Don Pablo*, *El Relox*, están compuestos en octavas reales, al modo de las novelas de Casti, a quien Batres comenzó por imitar, confesándolo francamente.* Pero ni Batres podía contenerse en los límites de tal imitación, ni la baja sensualidad y la manera prosaica y abandonada con que el famoso abate envilece y afea su indisputable gracejo satírico resbalando a

* “No tuve otro objeto al componer el cuento de *Don Pablo* que traducir al castellano unas pocas de las muchas sales que se encuentran en los cuentos de Casti, para darlas a conocer a algunos amigos. No creyéndome capaz de hacer la traducción por entero, ni queriendo tampoco, en atención a lo muy libre de su estilo hacerme cargo de una parte de la tacha de licencioso que tiene aquel poeta, me limité a copiar algunas de sus gracias en un cuento que no debía salir del círculo de mis propios amigos, pues el estar impreso

cada paso en lo chocarrero y bufonesco, podían satisfacer al depurado gusto de nuestro poeta guatemalteco que ha dejado en sus obras, como jugando, testimonio de su rara cultura y de la originalidad de sus pensamientos. Había leído mucho a Byron, y enamorado de las chistosas digresiones de *Don Juan*, tiró a imitarlas con felicidad suma, en el más extenso de sus cuentos, en *El Relox*. Pero en la narración jocoseria, no imitó ni tenía para qué imitar a nadie, puesto que desde el primer día fue maestro. Para formar idea aproximada de su estilo, recuérdese por una parte la factura métrica de las octavas de *La Desvergüenza* de Bretón, y por otra la parte cómica de *El Diablo Mundo*. Batres no iguala, como no iguala ningún otro poeta castellano, el asombroso conocimiento de la lengua que Bretón tuvo, y la inagotable chispa y desenfado con que maneja

en un periódico de Guatemala, es lo mismo que hallarse en un archivo privado”.

Estas imitaciones son a veces bastante directas. Por ejemplo, estos versos de *El Relox*:

*Era chico de cuerpo, de ojo vivo.
De carácter tal cual; algo liviano.
Un poco tonto, un poco vengativo,
Un poco sinvergüenza, un poco vano,
Un poco falso, adulator completo:
Por lo demás bellissimo sujeto.*

Son casi traducción de estos otros del Canto tercero de *Gli animali parlanti*:

*Er'egli per esempio un po' mordace.
Un po' barbero, un po' provocativo,
Un po' avido, un po' falso, un po' vorace.
Un po' arrogante, un po' vindicativo.
Ma questi difettuzzi io non li conto
De soui massimi meriti in confronto.*

y juega con ella, pero tampoco abusa de sus ventajas hasta el punto de burlarse del asunto, contentándose con un género de chiste exterior y superficial, independiente de las cosas mismas que va diciendo. Hay extraordinarias rarezas métricas en los cuentos de Batres, verbigracia, la de siete octavas que pueden leerse como si fueran una carta en prosa, pero estos alardes de pueril gimnasia, que en asunto jocoso pueden ser tolerables, no impiden que el cuento interese y siga su curso. Por lo que toca a Espronceda, cuyo mérito en esta parte no ha sido bastante reconocido, la vena petulante y desatada que corre en el canto tercero de su poema, es más impetuosa que la de Batres, porque nace de una índole poética más genial y vigorosa, pero es también más desigual y más turbia. Otro modelo pudo tener, y nos inclinamos a creer que tuvo Batres presente, es a deliciosas *Leyendas Españolas*, de don José Joaquín de Mora, mucho saber, las más conocidas en América

Pero tampoco Casti era original en esto. Dos siglos antes de venir él al mundo había dicho Clemente Marot:

*J'avois un tour un vallet de Gascogne,
Gourmand, ivrogne et assurementeur.
Pípeur, ladron, jareur, blasphemateur.
Sentant la hart de cent pas á la ronde;
Au demeurant le meilleur fils du monde.*

Y dos siglos antes de Clemente Marot, nuestro Arcipreste de Hita nos describía a su criado D. Huron en estos términos:

*Hurón había por nombre, apostado doncel.
Si non por quatorce cosas nunca vi mejor que él.
Era mintroso, bebedo, ladrón e mestorero.
Tafur, peleador, goloso, refertero.
Reñidor et adevino, susio et agorero.
Necio, perezoso, tal es mi escudero.*

que en España, y en honra sea dicho del buen gusto de los americanos. Pero el elemento cómico en las *Leyendas* de Mora, no constante ni siquiera habitual, aunque sea el mayor encanto de *Don Opas* y la única materia de *Don Policarpo*. Grandísima injusticia ha sido el olvidar estos primores de versificación y de gracia, pero por otra parte, no hay duda que la mayor parte de las *Leyendas* de Mora son serias y románticas, y que en este género parece tener prioridad cronológica sobre cuantos en España las escribieron, exceptuando solo el autor de *El Moro Expósito*, cuya obra debe colocarse en categoría épica más alta. Pero esta investigación de sus orígenes nada perjudica a la originalidad de la poesía de Batres que tiene su tono peculiar y sustantivo valor, dependiente en gran parte de condiciones técnicas, cuyo valor acrecienta en género tan inferior como el cultivado por él. La mayor parte de los cuentos del estilo y asunto de los de Batres, no suelen tener más poesía cómica que lo cómico de situación, que no es difícil de lograr, y que muchas veces brilla más en la anécdota hablada que en la escrita. Pero las *Tradiciones de Guatemala*, valen lo que valen, por presentar reunidas otras muy diversas fuentes de la risa, la cual ya nace de lo cómico de carácter, ya de los accesorios descriptivos y pintorescos, ya del contraste entre la entonación épica y la llaneza prosaica, ya de la filosofía risueña y socarrona, ya de la afectada y maliciosa ingenuidad, ya de la suspensión oportuna, ya de la alusión picaresca, ya de la elección de consonantes raros, ya del tránsito del endecasílabo común, al endecasílabo anapéstico, vulgarmente llamado de gaita gallega. La literatura americana, no muy rica todavía en narraciones poéticas, tiene en los cuentos de Batres el más acabado modelo de la narración joco-seria, que solo a larga distancia pudo imitar el chileno Sanfuentes en su poema de *El Campanario*.

OPINIÓN LITERARIA

DEL P. DON FRANCISCO BLANCO GARCÍA, AUTOR DE LA OBRA INTITULADA *LA LITERATURA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XIX*, TOMO III, CAPÍTULO DEDICADO A CENTRO AMÉRICA.

Por lo que hace a los poetas del siglo actual y que han escrito en castellano, no es posible olvidar a don José Batres Montúfar —1809-1844— nacido también en Guatemala, hombre de erudición y gusto nada comunes, de vivo y chispeante ingenio, que malversó estas y otras relevantes prendas en adobar tres cuentos verdes (*Las Falsas Apariencias, Don Pablo, El Relox*), —aunque lo inhonesto y escabroso de los asuntos va templado por digresiones y circunloquios donde campean el donaire, la fecundidad de recursos y la maestría del estilo, a vuelta de algunas salidas de tono bufas o prosaicas.— Batres sigue en esos cuentos, bautizados con el nombre de *Tradiciones de Guatemala*, las huellas del abate Casti, sin llegar a su licenciosa malignidad, e imita también en parte, la manera de Byron en el *Don Juan*; pero ninguno de los dos modelos, ni otros que pudo tener presentes, cohiben el impulso propio y genial del poeta americano, que manifiesta una profunda intuición de lo cómico, así en las situaciones y caracteres como en la frase, y maneja el artificio del metro y de la rima con absoluto señorío, visible en las mismas negligencias en que incurre, voluntariamente a veces y por capricho.

OPINIÓN LITERARIA

DEL NOTABLE LITERATO ESPAÑOL, DON JUAN VALERA, EN SUS CARTAS AMERICANAS.

No cabe duda que Batres Montúfar, es en su género, uno de los mejores poetas del habla castellana, así por su estilo suelto como por su amplio dominio en la rima, por los que pudiéramos llamar sus caprichos métricos, y por ese inimitable estilo descriptivo, que muy pocos pueden igualar.

Llamó a sus mejores versos, *Tradiciones de Guatemala*, y en cierto sentido tiene razón, porque aunque en el fondo, los argumentos pueden haber sido de ayer o ser actuales, nos pinta mejor que muchos historiadores sosos y cansados, las costumbres de nuestras colonias, sus aspiraciones y deseos, su lado heroico y su aspecto ridículo.

Pero en lo que más se le puede admirar, es en ese tacto raro cuando se imita un modelo, de seguirlo en sus bellezas y apartarse de sus errores. Del abate Casti a Batres Montúfar, hay gran diferencia, por más que algunas salidas de tono, sean inspiradas por aquel poeta italiano, tan justamente censurado por su liviandad.

Tanto vale nuestro poeta americano, que ya en sus días mereció el insigne honor de ser imitado por Sanfuentes en Chile y plagiado por muchos otros poetas americanos con posterioridad.

UN CUENTISTA

Boris de Tannenberg

(Traducido de *La poesie Castellane contemporaine-Espagne et Amerique*).

La poesía hispanoamericana es mucho menos rica en el cuento o la leyenda o en el descriptivo. Sólo un poeta veo que se haya revelado con cualidades de cuentista completamente de primer orden; poeta que por desgracia no dio toda su medida y cuyo talento no se perfeccionó con el estudio.

¿Le faltó tiempo? José Batres Montúfar murió joven, a los treinta y cinco años; pero Espronceda murió aún más joven. Lo que más le hizo falta, fue público que le sirviera de aguijón en un éxito literario menos local. “Publicar versos en los periódicos de Guatemala, es lo mismo que ponerlos en un archivo privado”, decía él en uno de sus escritos. Compréndese que no sería estimulante muy poderoso la única perspectiva de ser poeta en su país.

No sé de su biografía, sino que nació en Guatemala en 1809 y falleció en 1844. No ha dejado más que un libro de poesías.

Pocas son las composiciones líricas: una de ellas “Yo pienso en ti”, es célebre en América, pero es bastante débil y trivial. Batres merece ser estudiado como cuentista. Escribió las *Tradiciones de Guatemala*, que son muy divertidas. Tiene ingenio, verba, naturalidad y sobresale en las digresiones humorísticas. La única tacha que puede ponersele, es el traspasar algunas veces los límites de los atrevimientos permitidos, por más que siempre afecte dirigirse a “damas honestas y virtuosas”.

Las Falsas Apariencias, son la ventura de un marido engañado y apaleado. El poeta da a los maridos el juicioso consejo de que tengan presente que las apariencias son a menudo falaces y de no creer con facilidad en su infortunio. Tal es el medio para vivir tranquilo y tener paz en casa.

Del cuento *Don Pablo*, solo señalaré una escena que es muy divertida. Don Pablo es un joven libertino a quien su padre ha llevado a un convento. Un confesor experto, Fray José, está encargado de reconciliarlo con Dios. —Hijo mío, le dice, si quieres ser perdonado, llora tus pecados noche y día. El pecador arrepentido es agradable a Dios. Dígalo yo que fui un gran pecador y un gran culpable. Héme aquí convertido, gracias a esta calavera, que me ha enseñado la nada de las cosas en la tierra. Y al decir esto, sacó de entre un paño una calavera, agregando este sermoncillo:

*—Hijo si quieres obtener perdón
Llora por tus pecados noche y día.
Que el pecador contrito y convertido
Es más acepto al cielo y más querido.*

*Yo fui gran pecador y gran malvado.
Y tu difunta madre, si viviera,
Te pudiera decir cuanto he pecado,
Que ella mejor que nadie lo supiera,
Véme aquí arrepentido y humillado,
Gracias a Dios y a questa calavera.
Que fue quien me sirvió de desengaño.
Y al decirlo sacóla de entre un paño.*

*— Esta que miras calavera agora,
Pablo, mujer fue un tiempo muy hermosa:
Tras esta corre el hombre a toda hora*

*Como tras de la luz la mariposa,
¡Medita a solas cuán engañadora
Es la mujer, y cuán inútil cosa
Por este asquerosísimo fragmento!
Esto dicho metióse en el convento.*

Al cayo de pocos instantes, se vuelve el buen fraile y pregunta al penitente si ha meditado bastante. Don Pablo le responde con acento compungido:

*—Sí, señor, vedme aquí desesperado
Contemplando este ejemplo tan patente
De la humana miseria y desventura,
Y este triste final de la hermosura.*

*—Conque ha dispuesto la fortuna avara
Hacer de tanto hechizo y embeleso,
Que a los otros la carne les tocara
Y a mí tan solo me tocara el hueso.*

Analizaré con un poco de más extensión *El Relox* que es la obra maestra de Batres; obra maestra desgraciadamente inconclusa, y cuya segunda parte siento esté maleada por excesivo libertinaje. Todo el principio es encantador. No creo que en castellano se haya narrado con verba más juguetona, ni hayan manejado los versos con mayor soltura y flexibilidad. Los lectores españoles podrán juzgar de la lengua: es de calidad exquisita. Batres era un escritor de raza.

Trátase del primer reloj de repetición que llegó a Guatemala. ¡Júzguese de la sensación que en el país produciría! Todos querían verlo y oírlo sonar. No acababan las exclamaciones de admiración y sorpresa: ¡ah! ¡ah! Su feliz dueño era don Alejo Veraguas, joven currutaco muy afortunado en amores.

La posesión del reloj, prodújole más envidiosos que sus buenas fortunas con las damas. Todos los hombres le proponían comprárselo, mas él se excusaba contestándoles que no lo tenía en venta. Estaba, sin embargo, escrito que el dichoso reloj debía jugarle una mala pasada.

Entre las hermosas y honestas señoras de la noble Ciudad de Guatemala, se encontraba doña Clara, mujer de don Cornelio Peléznex del Cabral, hombre bonachón pero muy avaro. Vióla don Alejo, prendóse de ella y resolvió ser su amante. No era fácil tal conquista. Doña Clara gozaba gran reputación de virtuosa y tenía más humos que una reina.

El tiempo pasaba inútilmente.

El pobre don Alejo perdía el apetito y el sueño y la antigua alegría del semblante. Por fin, un día, después de haberse preparado bien, llegó frente a la casa de doña Clara, decidido a vencer su timidez; y viendo que la joven estaba a la ventana acercase para saludarla.

Doña Clara lanzó una carcajada y dejó al pobre pretendiente aturdido, plantado delante del balcón. Mas, a decir verdad, en el fondo se lisonjeaba de su victoria sobre el brillante seductor y su vanidad se convencía del poder absoluto de sus encantos. Algunos días después todo el mundo la vio palidecer cuando don Alejo se cayó del caballo en el paseo, y habiendo oído decir doña Clara en un sarao, que don Alejo partiría pronto para España, dejó caer en su aturdimiento, el vaso que tenía en la mano, don Alejo que la espiaba, vió su emoción y ya no dudó de ser amado.

Esta misma noche, cuando ya estaba roncando el marido de doña Clara, don Alejo vino a cantar una linda serenata bajo el balcón de la amada:

*Duerme ¡oh bella! en paz y en calma
Sobre tu dorado lecho,*

*Sin pesares en el alma
Ni temores en el pecho.
Duerme tú, mientras yo canto
Lánguida trova,
Sin que te turbe en tu alcoba
Mi quebranto.*

*Sueña mágicos jardines
Con fuentes, grutas y flores:
Sueña espléndidos festines
Con danzas y con amores.
Sueña tú, mientras yo velo,
¡Ídolo mío!
Y al aire el acento envió
De mi duelo.*

*Duerme, hermosa, y en el sueño
Séate blando el ambiente,
Esté tu rostro risueño
Y placentera tu frente.
Ríe tú, mientras yo muero
Ríete, ¡oh cara!
Por tu sonrisa trocara
El mundo entero.*

La serenata era una invitación a doña Clara para que saliese a la ventana. En efecto, no esa noche, sino la siguiente, doña Clara envuelta en una bata, se entretuvo largamente con su amigo. Habláronse otras muchas veces separados por la reja. Por fin, ausente don Cornelio, recibió doña Clara una noche a don Alejo en su alcoba. Repentinamente rechinó la puerta: el marido entraba de improviso. El galán solo tuvo tiempo de meterse bajo la cama. A partir de este momento se hace difícil

continuar el análisis. Me limitaré a decir que el reloj de don Alejo dio las horas inoportunamente, pero que el amante tuvo la presencia de ánimo de ponerlo en manos de su querida. Ella inventa una mentira para explicar a su marido cómo ha hecho la adquisición. Sigue una escena muy escabrosa en que la imaginación del poeta se detiene con mucha complacencia.

Un hombre de ingenio. Don Salvador Barrutia, se divirtió terminando la leyenda que Batres había dejado incompleta. Pero las tentativas de este género jamás son felices.*

La conclusión del *Diablo Mundo*, aunque de un poeta encantador, Miguel de los Santos Alvarez, no tuvo la misma suerte que el poema de Espronceda, y hoy está completamente olvidada.

—Librairie Academique, Didier 1889.

* Se refiere a la tercera edición, que no contiene más que el poema *El Relox*.

OPINIÓN LITERARIA

Cuando murió José Batres, un gran poeta, dijo Alcalá Galiano, un gran orador: “Harta enfermedad tenía él con vivir”.

José Batres nació en Guatemala. Supo francés e italiano; leyó a los enciclopedistas y a Casti; ciñó espada y tañó el laúd; vivió digno y murió joven; temía no gustar y gustará siempre. El orador español tuvo razón. Alma grandiosa, cantó con metro épico afectos centrados y sobrios. Sufrió como Bécquer, amó como Heine, cantó poco porque tenía poco grande que cantar. Murió de vida, como el autor de las *Rimas*. Se reía, pero se moría. Los que leen las sabrosas estrofas de *El Relox*, las picarescas descripciones de *Don Pablo*, ni a Lope, ni a Villaviciosa, ni a los satíricos de Italia echan de menos. Un verso de Pepe Batres no se olvida nunca. Hubiera sido amigo de Manuel Acuña. El era pulcro, casi adamado, observador, temido, agudo. Superior al mundo habitual, se vengó de él, ¡oh noble alma!, legándole, a modo de pintura de ridiculeces, inimitables y vivísimos poemas. Como Ercilla la heroica, manejó Batres la octava burlesca. Ningún consonante le arredra, y de intento, como Bretón, los amontona difíciles, y como Bretón, triunfa siempre de ellos. Sus descripciones, ora gráficas en una frase, la burlona amargura con que flagela el falso pudor, la necia petulancia, la monjil severidad, la vanidad ridícula; los raros, desusados y valientes giros con que matiza su lenguaje; la rica instrucción literaria que revelan sus naturales alusiones, el seductor descuido, las inagotables sales; los punzantes episodios; la filosófica sensatez; el castizo abandono de aquel ingenio genioso que sabía elevarse como el

águila, gemir como la paloma, vivacear como la ardilla, hacen del vate guatemalteco; injustamente olvidado de los que estudian la América, una extraña figura, pálida, profunda, entera, hermosa y culminante.

Era en la conversación general ¡demasiado serio! o silencioso. No lo entendían y se ahogaba. Dotado de potencia inmensa de observación, se hizo satírico, porque tenía que hacerse alguna cosa. En este género lo juzgan, y esto es equivocado. Aquel laúd estaba vestido de luto, no colgado de cascabeles. Cuando escribía íntimamente, y en la intimidad hablaba, leerlo u oírlo dolía. Era una desesperación severa, sin satirismos falsos, sin *byronismos* imitadores. Lo comparan con Espronceda; vale más. Para juzgarlo, no ha de leerse lo que hay suyo que es lo menos valioso y es poco; ni se puede leer lo que religiosas preocupaciones destruyeron, y fue muy bueno y mucho; de juzgársele ha por lo que en lo que hizo reveló qué haría. Amó y practicó lo bello en toda forma. Gustaba de verse elegante, y elegantemente hablaba y discurría. Él pintó un desierto en estrofas que secan y queman. Pintó un volcán en versos que levantan y dan brío. Pintó un muerto de amores, dignamente doliente, en unos breves versos que todos saben, que todos admiran, que son muy sencillos, que son muy grandes, que los extraños copian; “Yo pienso en ti”.

Desdeñó el amor como amorío y lo profesó como religión. Fue mal político, leal hermano, notable músico, profundo conversador, bravo soldado, excelente prosista y gran poeta.

No tiene tumba. Descansa en la memoria de sus enorgullecidos compatriotas.

Donde escribió, grabó. Donde censuró, curó. Lo que imitó, realizó. Desconfió de sí mismo y amó puramente. He aquí su epitafio.

Guatemala, diciembre de 1877.

DISCURSO

Manuel Valladares

PRONUNCIADO AL DESCUBRIR LA LÁPIDA CONMEMORATIVA, QUE LOS AMANTES DE LAS LETRAS COLOCARON EN LA CASA EN QUE VIVIÓ Y MURÓ BATRES MONTÚFAR.

Como el árabe creyente que recorre el desierto interminable, columbra ansioso la ciudad santa de las peregrinaciones, se detiene absorto ante sus muros, y al contemplar los devotos lugares por donde pasó el Profeta, reconcentra su espíritu en honda y fervorosa meditación, así he recorrido yo con la memoria el páramo en que agostó su vida Pepe Batres, he divisado jubiloso el día que la patria le consagra, y al acercarme ahora al lugar en que transcurrieron sus años últimos, al llegar a los muros de esta mansión en donde exhaló el postrimer suspiro, mi imaginación se entristece, mi corazón se conturba y tiemblan mis labios. Por eso una impresión de temor respetuoso domina mi ser en estos momentos y apenas puedo, en medio de la emoción que me embarga, traducir los sentimientos patrióticos de los guatemaltecos amantes de las letras, que han querido tributar su homenaje de admiración a nuestro poeta egregio. Es la primera manifestación nacional de este género en mi patria: la vez primera que una lápida conmemorativa perpetuará un solar histórico en el recuerdo de las generaciones.

¿Habrá creado nuestras conciencias un soplo de justicia, o será que el mérito se impone triunfador y nos subyuga?

Con la sonrisa de Quevedo, Pepe Batres se burló de las fragilidades femeninas, y ¡oh contraste singular! el libro de sus burlas es amado y leído con ansia y placer por las mujeres:

blandió airado en ocasiones el hiriente látigo de Juvenal sobre las miserias de sus paisanos; y hoy sus paisanos, no corregidos talvez, pero sí llenos de admiración, inclinan la frente al paso victorioso del satírico: lanzó a la patria relampagueantes apóstrofes; y la patria, impenitente quizás, pero agradecida, le levanta estatuas y se siente engrandecer con el recuerdo de su hijo preclaro.

Y es que el genio avasallador de Pepe Batres impera y domina sobre todos los rencores y deslumbra con los vívidos rayos de su gloria. Sus obras son inmortales: las de su mente son riqueza literaria de la patria; las de su corazón ejemplo de sus compatriotas. Adolescente, casi niño, corre al campo de batalla en pos de la enseña nacional a verter su sangre en la triste jornada de Milingo: de hombre, opone generoso el pecho y rechaza victorioso al invasor en la plaza de Guatemala; en el congreso hace respetar su carácter independiente; en la administración luce justiciero y probo. Era hombre de corazón y prodigó en el seno de la familia el tesoro de sus afectos; era un sabio en su carrera y puso sus conocimientos profundos al servicio de la América Central, yendo a los desiertos de Nicaragua a estudiar el trazo del canal interoceánico.

Corta aparece su labor literaria, ya por la brevedad de su vida, ya por la pérdida de cuanto a su muerte no estaba publicado aún; pero es tan intensa, tan hermosa y tan brillante, que basta ella sola para asegurarle puesto eminente en el radiante Olimpo de los poetas más grandes del mundo. No es el entusiasmo lo que informa mis palabras, no es la vanidad lugareña la que exalta a Batres Montúfar, sino la sabia crítica extranjera quien le ha discernido la palma triunfadora del cuentista, declarándolo, como narrador y poeta descriptivo, maestro único y sin rival en la lengua castellana.

Sabemos de memoria sus poemas, nos hemos recreado desde niños con sus risas, y de hombres hemos comprendido también

sus pesares. Batres no es solo el chispeante escritor de musa recogijada: es también el poeta del dolor. Porque parece que un destino aciago hubiera perseguido implacable a Pepe Batres, para arrebatárle seres queridos, quitarle riquezas y salud, estrujarle efectos, desbaratarle ensueños y arrancarle esperanzas. Y el poeta no pudo con tanto, y sucumbió; llamó a la pavorosa puerta de la eternidad y reclinó en la almohada del sepulcro su cabeza atormentada.

Esta mansión, por cuyos ámbitos vagaron los suspiros del poeta, recogió también su aliento último y está consagrada por el paso del genio. Sus impenetrables y calladas paredes nada dicen a los ojos, pero lo dicen todo al alma. En su recinto nació el *Don Pablo*, surgieron *Las Falsas Apariencias* y se escribió *El Relox*; y allí como el diamante en las entrañas de la tierra, se generó lentamente entre las mayores negruras de la desesperanza, aquel llanto del alma del poeta, el “Yo pienso en ti”.

Esa lápida será una rememoración al pasajero indiferente: recíbanle los manes del poeta como una ofrenda de los que veneran su nombre, admiran su gloria y llevan su recuerdo en el corazón.



Tradiciones de Guatemala

DON PABLO
(PRIMERA PARTE)

Amables damas, que leéis gustosas
alguna u otra alegre anecdotilla
de aventuras galantes y amorosas,
con tal que sea púdica y sencilla
(pues sé que sois honestas y virtuosas,
¡almas puras, doncellas sin mancilla!)
una os voy a contar, si no os molesta,
por divertir el ocio de la siesta.

Y aunque me la contaron en secreto,
porque sé quiénes sois, os la confío;
que no quisiera verme en un aprieto
con quien me la contó, que fue mi tío;
porque le tengo un diablo de respeto,
que ni hablo en su presencia, ni me río;
pero si se os escapa, por acaso,
no me deis por autor en ningún caso.

Sucedió, pues, (y es cuento verdadero
bajo nombres supuestos y fingidos)
que había en Guatemala un caballero,
de estos antiguos tipos escogidos,
rico de cuna y rico de dinero,
de setenta años largos y tendidos,
llamado Don Pascual, ¡que de Dios goce!,
de aquellos que comían a las doce.

Hombre de honor viudo, buen cristiano,
de calzón corto, bata de indianilla,
chupa bordada, capa en el verano,
zapatos en invierno, con hebilla,
peluquín con coleta, barbicano,
de carey los anteojos, sin patilla,
que rarísima vez los ocupaba
pues solo para leer los empleaba.

Vestíase a las seis de la mañana,
iba a misa, tomaba chocolate,
asomábase un rato a la ventana,
rezaba el *Pueri Dominum Laudate*,
sentábase a comer con buena gana,
fumaba su cigarro por remate,
dormía siesta, y cuando no dormía
la cabeza sin falta le dolía.

Por la tarde a Nuestro Amo visitaba
después del chocolate de ordenanza,
y como la mañana, se pasaba
todo el resto rascándose la panza.
A la oración el *Angelus* rezaba,
a las ocho se hincaba sin tardanza
a rezar el rosario y la novena,
y a la cama llevábanle la cena.

Era, pues, don Pascual, hombre cumplido,
don Pascual del Pescón (que en el tintero
se me había quedado el apellido)
muy bueno y muy honrado caballero,
que tres veces alcalde había sido,
y regidor decano, y tesorero

de la Archicofradía del Santísimo,
de cuyo honor estaba orgulloso.

Daba gusto mirar a don Pascual
con su sombrero *al tres* y su bastón
ir a algún besamanos general,
o del Corpus a ver la procesión,
y convidar después a cada cual
a hacer las once al fin de la función,
con alguna aceituna, algún pastel
y un poquillo de vino moscatel.

Y obsequiar a las damas convidadas
con cartuchos de dulces que cogían,
y era tal su pudor, que recatadas
detrás de su mamá se los comían
en sus velos de tul arrebozadas;
y ni media copilla se bebían,
que apenas con los labios la tocaban,
ni con los hombres, por pudor hablaban.

Aun no había venido el uso extraño,
que desgraciadamente hay hoy en día,
para sacar el vientre de mal año,
de engullirse jamones a porfía
y tomarse después (si no me engaño
con pretexto de fiesta y de alegría)
botellas de xerez y de cerveza;
mas, se entiende, botella por cabeza.

Entonces era todo muy distinto:
todo era sobriedad, todo mesura;
apenas se tomaba vino tinto,

apenas se ostentaba la hermosura,
apenas se salía del recinto
de la estrecha, estrechísima clausura
de la casa materna y no a paseo,
sino a misa mayor y al jubileo.

Si una niña tenía algún amante
o dos, o tres, o cuatro, o cinco, o ciento,
era con un recato edificante,
y no hablaba con ellos un momento
si sus padres hallábanse delante;
ni entraban ellos nunca a su aposento,
pues si les recibían solo era
de noche, en el jardín o en la cochera.

Mas, al presente, *¡O tempora! ¡O mores!*
en la sala, en la calle, en el paseo
delante de diez mil espectadores
con sus amantes a las damas veo
tratar corrientemente sus amores.
¡Qué descaro! ¡Lo veo y no lo creo!
Antiguamente el amoroso trato
se hacía en la azotea con recato.

No hablo con vos, lectoras bellas mías,
pues sé que no sois de esas descaradas
que a la faz de su madre y de sus tías
hacen gala de estar enamoradas;
sino de aquellas que los viejos días,
circunspectas, discretas, recatadas,
de que habemos hablado; cual lo muestra
vuestra beldad, la gentileza vuestra.

Mas volviendo al asunto de mi cuento,
pues veo que no os gustan los sermones,
digo que estaba don Pascual contento
viendo y acompañando procesiones,
alumbrando al Divino Sacramento,
y sin otros cuidados ni atenciones
que contemplar un hijo que tenía,
como cristiano en santa paz vivía.

Según el uso, el hijo era estudiante
con beca en el colegio Tridentino;
tenía buen talento, era pujante,
buen mozo, muy travieso y libertino.
Nunca pudo pasar muy adelante
en el idioma clásico latino,
pues por más que estudiaba y que leía
solo el *Fæmeneis Junges* retenía.

Era mozo excelente y estimado,
de buen brío, de gala, de maneras,
liberal, comedido y esforzado,
enemigo de libros y tonteras,
de buen humor, chistoso, enamorado
que escogía muchachas como peras,
osado y atrevido como un diablo
y este hijo llamábase don Pablo.

Es decir, que en su tiempo era un portento
superior a su edad, pues no tenía
más que los cuatro lustros, si bien cuento,
lo que en prosa veinte años se diría.
Era de genio un poco turbulento,
no paraba de noche ni de día,

de vecina en vecina siempre andaba,
pero jamás en vago el golpe daba.

La devota, la alegre, la casada,
la huérfana, la viuda, la doncella,
se la tenía *in petto* recetada
con tal que joven fuese y fuese bella.
No acostumbraba reparar en nada
para lograr el fin de triunfar de ella,
y ya habían servido a sus desmanes,
azoteas, jardines y zaguanes.

Así como la abeja codiciosa
las más hermosas flores se destina,
ya chupa en un jazmín, ya en una rosa,
ya se aplica a la dulce clavellina,
ya blandamente sobre el nardo posa,
ya al fresco lirio alegre se encamina,
tal don Pablo en las flores que cogía,
no digo abeja, enjambre parecía.

Mas todas sus conquistas y trofeos
presentes y futuros y pasados,
y sus innumerables galanteos,
los hubiera trocado sahumados
por el objeto actual de sus deseos,
doncella de ojos negros y rasgados,
y por el lindo talle de Isabela
hermosa como heroína de novela.

Que siendo tan guardada como bella,
no era posible verla sino en misa,
por se recatadísima doncella,

y mucho más su madre doña Luisa;
y su padre, don Diego de la Mella,
no llevaba estas cosas a la risa,
que era hombre puntilloso y delicado,
coronel de milicias retirado.

Al fin eran las armas su ejercicio
y era famoso en ellas y temido,
aunque ni en paz ni en guerra hizo el servicio
mas se había mostrado decidido,
impertérrito, audaz, sin dar indicio
de temor, cuando hubo aquel ruido
de que pudiera ser que hubiese guerra
no sé si con la Francia o la Inglaterra.

Don Pablo estaba, en fin, desesperado,
sin lograr la más mínima respuesta
a tanto billetito perfumado,
a tal pasión tan clara y manifiesta,
a tanto y tan ternísimo recado,
a tanta copla en su loor compuesta,
que este era el lado flaco de don Pablo,
¡y este es el mío por querer del diablo!

Isabel parecía de diamante,
ni hacía caso, ni tenía cuenta
con el ansia amorosa del amante,
pues con el hombre la mujer ostenta
ser más tirana cuanto más constante
y cuanto más rendido se presenta:
en lo cual todas ellas se asemejan,
que al tibio buscan y al ardiente dejan.

Ni los billetes Isabel leía,
sino que los echaba en el brasero
sin atender al sobre que decía:
“A la Deidad por quien penando muero”.
Mas ¿qué había de leer, si no sabía?
Una niña educada con esmero
en aquel tiempo, no sabía a fondo
ni conocer la O por lo redondo.

No perdía el mancebo la paciencia,
y por medio de cierto pajecito
a la ingrata pedíale licencia
de hablar con ella a solas un ratito.
Cansada al fin de tal impertinencia,
dígole ella: —Ve y dile a don Pablito
que es imposible hablarle..., que no puedo,
porque a mamá le tengo mucho miedo.

Me trae esta respuesta a la memoria,
como si fuera ayer, una aventura
que a mí me sucedió; pero es historia
muy larga de contar y muy oscura,
Amada Emilia, ¡Dios te tenga en gloria!
descansa tú en la fría sepultura,
mientras yo, por sustraerme a mi tormento,
vuelvo a tomar el hilo de mi cuento.

No cabía don Pablo en sus calzones
del gusto de escuchar aquel mensaje,
que el sentido entendió de las razones
que refería el venturoso paje.
En respuesta sacando dos doblones
le dijo al portador: —Toma este gaje

y di a Isabel que el lunes por la noche
la espero oculto dentro de su coche.

La suspirada noche, al fin llegó
en que el amante en gran *deshabillé*,
a la mansión de su querida entró.
Por dónde entró don Pablo, no lo sé,
ni de qué estratagema se valió;
pero, según mis cálculos, diré,
no sabiendo en contrario cosa cierta
que es probable que entrara por la puerta.

Dentro del coche, oculto y silencioso,
adelantando dichas en su mente ,
esperaba el momento delicioso
y contaba las horas impaciente.
Ya reinaba el sosiego y el reposo,
ya la luna se hundía en el poniente,
y a la trémula luz que despedía
el farol moribundo respondía.

Eran a la sazón las doce dadas,
hora fatal en todas las consejas,
no había más rumor que las pisadas
del búho patrullando por las tejas,
o las mulas tirándose patadas,
o el perro sacudiendo las orejas;
rumores que bien saben mis lectoras
que no suelen faltar a tales horas.

Por el desierto corredor se veía
blanca sombra avanzarse lentamente,
que venir hacia el coche parecía

con paso incierto, tímido y prudente.
El corazón a Pablo le latía,
y a Isabel por motivo diferente,
pues venía temblando y con razón,
que no era para menos la aflicción.

Llegó, en fin, y el amante venturoso
al pie del coche a recibirla vino.
Nunca se ha visto talle más gracioso,
mano mejor formada, pie más fino,
cuerpo más torneado y voluptuoso,
rostro más celestial y peregrino;
mas en esto de formas seductoras
¿quién puede competir con mis lectoras?

Pablo en el coche se subió primero,
y tomó de la mano a su *futura*
que apoyó en el estribo el pie ligero,
y volvió la cabeza con presura
antes de levantar el compañero,
haciendo una bellísima figura,
porque creyó escuchar algún ruido
a modo de suspiro comprimido.

Suspensos ambos, Isabel y Pablo,
en esta situación permanecieron
como dos figurines de retablo,
de cuya posición no se movieron,
ni respiraron hasta ver qué diablo
era aquel ruido que los dos oyeron.
Quédense, pues, así por un momento,
que necesito de tomar aliento.

DON PABLO
(SEGUNDA PARTE)

Un poeta moderno, muy famoso,
ha dicho que el exordio y el final
eran lo más difícil y escabroso
de una composición original.
En uno y otro caso trabajoso
me veo yo, lectoras, por mi mal,
pues tengo que acabar mi relación
y ponerle al final su introducción.

Y pues está mi honor comprometido,
mal que le pese a mi angustiada Musa
yo tengo de cumplir con lo ofrecido,
aunque en mi tierra lo contrario se usa.
Mas por obviar obstáculos os pido,
vuestra amistad sirviéndome de excusa,
del exordio os dignéis exonerarme,
que en otra vez prometo de enmendarme.

Hemos dejado a Pablo y a Isabela
formando un cuadro hermoso y acabado,
suspensos en la angosta portezuela
por el rumor que habían escuchado:
pero ni registrando con candela
habrían mis lectoras reparado
en este cuadro oculta otra figura,
del arco del portal en la moldura.

Era esta, en buenas cuentas, doña Luisa
que viendo levantarse a la doncella,
se levantó también a toda prisa
de la cama y se vino tras la huella,
juzgando con razón que no iba a misa,
y procuró ocultarse detrás de ella;
mas cuando al cabo descubierta vióse
entre los dos, de sopetón plantóse.

No queda tan atónito y turbado
un círculo de niños inocentes
si en medio de sus juegos, un criado
asoma rechinándole los dientes,
con máscara de diablo disfrazado,
como quedaron nuestras pobres gentes
al ver aparecer a doña Luisa
en chinelas y en faltas de camisa.

Grandes fueron las penas y aflicciones
de Pablo viendo a la iracunda vieja,
que sin pararse a hacer reconvenciones
agarró a su querida de una oreja
y se la fue llevando a rempujones,
la cual sin proferir ninguna queja
se dejaba llevar de aquella suerte
como un reo que llevan a la muerte.

Apenas despuntó el siguiente día,
cuando Isabel en coche fue llevada
a un monasterio (ignoro cuál sería),
del cual a la razón era prelada
una anciana y venerable tía,
y pues no puede sucederle nada

en tan santa mansión, quédese en ella
por un poco de tiempo la doncella.

Y volvamos a Pablo que confuso,
sin pestañar habíase quedado,
desde que doña Luisa se interpuso
entre el amante y el objeto amado.
No sé si con el criado se compuso,
así que su deseo vió burlado,
para que le saliera a abrir la puerta,
o no sé si al entrar la dejó abierta.

Pero ello es que al buscarlo la señora
no encontró ni la sombra del culpado,
y al otro día al asomar la aurora
fue a ver a don Pascual, que levantado,
de vuelta ya de misa a aquella hora,
y el chocolate habiéndose acabado,
Laudate pueri Dóminum rezaba
cuando en su cuarto doña Luisa entraba.

Impúsole en el caso brevemente,
y exigióle palabra muy formal
de infligir un castigo suficiente
capaz de corregir al criminal.
—Es regular que tenga usted presente,
le dijo doña Luisa a don Pascual,
que en nuestro tiempo era esto delicado,
dígalo yo, que tanto me ha costado.

En esto le entregaron un cartel
(a don Pascual, se entiende) que decía
que don Diego quería hablar con él

con el arma que él mismo elegiría;
que siendo un caballero, un coronel,
entenderse con Pablo no quería,
por ser capaz un mozo tan grosero
de faltarle al respeto a un caballero.

Don Pascual contestó que era cristiano,
y que le serviría en otra cosa:
que no era permitido alzar la mano,
y que ya había hablado con su esposa;
quedando el infrascrito muy de llano
a imponer una pena rigorosa
al hijo criminal, y en consecuencia
hizo venir a Pablo a su presencia.

Y habiendo reprendídolo agriamente
sobre la mala vida que traía,
le trató de bribón y de insolente
y de cuanto a las mientes le venía.
Por un oído Pablo atentamente
escuchaba, y por otro le salía
aquella paternal peroración,
diga de Marco Tulio Cicerón.

Mas no paró en palabras la tormenta,
que entonces se le habría dado un bledo
por muy recia, muy larga y muy violenta
que hubiera sido, pues jamás el miedo
ni la vergüenza entraban en su cuenta.
Lo que hubo de malo en el enredo
fue que su padre, al cabo del sermón,
cargó con él a la Recolección.

No digo que su padre lo cogiera con sus manos, *ut sic* materialmente como quien coge un títere de cera: cargar con algo es un equivalente de mandar *que otro cargue*; en tal manera se acostumbra decir entre la gente que el Rey, el Presidente, el Diputado están cargado el peso del Estado.

Cargó, pues, con los dos una berlina, que con su paso lento acostumbrado al citado convento se encamina, y no bien a la puerta hubo llegado, que el reverendo fray José Fodina, guardián entonces, recibió recado de estar en ella don Pascual Pescón esperando su santa bendición.

Fray José dejó al punto su Breviario y encontró a don Pascual en el ingreso, quien le besó el bendito escapulario y brevemente le contó el suceso. Fray José había sido gran sectario del faldellín, antes de ser profeso, por lo que no extrañó lo sucedido que don Pascual, le había referido.

Y ofreció convertir al delincuente al camino del Cielo, Dios mediante, porque era, a la verdad, hombre elocuente, famoso confesor, muy insinuante. Entró, pues, nuestro joven penitente

en calidad de simple ejercitante
y lo llevó a una celda el buen prelado
donde había una mesa y un estrado.

—Aquí— le dijo, —harás tu penitencia;
ahí tienes un libro muy precioso
que se intitula *Examen de conciencia*
léelo con cuidado y con reposo;
nada contiene de la humana ciencia,
y por tanto es más útil y gustoso:
y entretanto, *Pax tecum, munda te.*
Dijo, dejólo y fuese fray José.

Figuraos, lectoras, el estado
en que estaría nuestro pobre preso
por más de un mes que estuvo allí encerrado,
¡Él, que era tan alegre y tan travieso!
La única diversión que había hallado
era escribir en verso su suceso,
que por lo que hace a componer en prosa
entendía don Pablo poca cosa.

Hizo un ensayo en forma de tercetos
Garantías llamado *individuales*,
y unas cuantas octavas y cuartetos
contra los institutos monacales.
Compuso dos bellísimos sonetos
atestados de ideas liberales
en loor del *Habeas Corpus*, que decía
que algún día en su patria regiría.

Además, una sátira sangrienta
contra don Diego y contra doña Luisa,

y hasta su mismo padre entraba en cuenta
con una gracia que movía a risa.

Escribió una elegía muy atenta
a Isabel, y muy tierna y muy sumisa,
en forma de canción de pie quebrado;
pero ni los fragmentos han quedado.

Finalmente hizo una oda de su mano,
en que para Isabel, a Dios pedía
el amparo del cielo soberano.

Alguno dirá aquí que no debía
lo sagrado mezclar con lo profano
y que aquello tocaba en herejía;
lo mismo digo yo, mas en verdad
el podía excusarse con su edad.

Una tarde de julio, al fin del mes
(que era, creo, en el año del Señor
mil setecientos setenta y tres)
en que hacía muchísimo calor,
Pablo postrado hallábase a los pies
de fray José, su sabio confesor,
del templo en una nave lateral,
confesando sus culpas bien o mal.

Y acabada la larga relación,
¡que sabe Dios qué relación sería!
Le hizo una paternal admonición
Fray José de Godina, que decía:
—Hijo, si quieres obtener perdón,
llora por tus pecados noche y día,
que el pecador contrito y convertido
es más acepto al Cielo y más querido.

Yo fuí gran pecador y gran malvado,
y tu difunta madre, si viviera,
te pudiera decir cuánto he pecado,
que ella mejor que nadie lo supiera.
Véme aquí arrepentido y humillado,
gracias a Dios y a aquesta calavera
que fue quien me sirvió de desengaño.
Y al decirlo, sacóla de entre un paño.

—Esta que miras calavera agora,
Pablo, mujer fue un tiempo muy hermosa:
tras esta corre el hombre a toda hora
como tras de la luz la mariposa.
¡Medita a solas cuán engañadora
es la mujer, y cuán inútil cosa
por este asquerosísimo fragmento!
Esto dicho, metióse en el convento.

Aquel fragmento había sido parte
de una bella mujer muy disoluta,
que de Venus seguía el estandarte,
de hombres haciendo amplísima recluta;
pues de enganchar sabía a fondo el arte:
erese el hueso de una rica fruta
en cuya dulce pulpa, en cien lugares
habían caído moscas a millares.

No son así mis jóvenes lectoras,
que no pierden a nadie, ni se envidan,
ni lanzan miradillas seductoras,
ni tienden redes, ni al amor convidan,

ni antes bien del decoro observadoras,
de su beldad parece que se olvidan:
que si el talle o el cuello nos descubren,
es por descuido y presto se lo cubren.

—¿Habéis bastamente meditado?
Dijo al volver el fraile al penitente,
viéndole el rostro en lágrimas bañado;
el cual le respondió con voz doliente:
—Sí, señor; vedme aquí desesperado
contemplando este ejemplo tan patente
de la humana miseria y desventura,
y este triste final de la hermosura.

Con que ha dispuesto la fortuna avara
hacer de tanto hechizo y embeleso,
que a los otros la carne les tocara
¡y a mí tan solo me tocara el hueso!
Se le alegraba al confesor la cara
viendo de su elocuencia el buen suceso,
mas al oír aquella picardía
dijo frunciendo el gesto: Ave María.

¿Qué más dijera el jefe del Estado,
hablando de las rentas nacionales,
si de la patria el hueso le ha tocado
cuya carne tocó a los liberales?
Mas volvamos al padre, que, espantado,
invocaba las iras celestiales
contra aquel obcecado pecador
que se burlaba así del confesor.

No desoyó sus súplicas el Cielo,
pues por medio de un fuerte terremoto*
parte de la cornisa la echó al suelo
sobre Pablo, dejando el arco roto.
Murió el mísero joven sin consuelo,
y entre la confusión y el alboroto
no faltó quien hubiera visto al diablo
cargar en cuerpo y alma con don Pablo.

Isabel profesó de capuchina
cuando supo la suerte de su amante,
a instigación de fray José Godina,
que fue su confesor en adelante.
Tomó por nombre sor Escutufina
de la Circuncisión: ¡nombre elegante!
y la nombró portera la prelada
porque la vió al zaguán aficionada.

Don Diego, don Pascual y doña Luisa
murieron de diversos accidentes;
cual, de haber ido con catarro a misa;
cual, de unas calenturas remitentes
por andar a deshoras en camisa;
cual, de un disgusto contra sus parientes,
que bien dice el proverbio, si se advierte
¡que así como es la vida así es la muerte!

Mas, ¿a dónde me lleva el pensamiento?
¡A predicar a mis lectoras bellas
un trozo de moral al fin del cuento!

* Alude al terremoto que causó la ruina de la Antigua Guatemala, el 29 de Julio de 1773.

¿Acaso, pues, lo necesitan ellas?
Más valiera decir que el firmamento
tienen necesidad de más estrellas,
o de más tigres la feroz Bengala,
o de más *populares* Guatemala.*

* Nombre de un periódico que se publica cuando el autor compuso este cuento.

LAS FALSAS APARIENCIAS

Si me dicen que el sol, que por el cielo
describir un gran círculo se mira,
camina en torno de él con raudo vuelo,
como sé que la tierra es la que gira
sobre sus mismos polos, sin recelo
digo que lo que dicen es mentira
aunque la vista así lo represente:
¿Por qué? Porque el discurso lo desmiente.

Si sumerjo en un líquido una caña
y la veo quebrada desde afuera,
entonces digo que la vista engaña,
porque sé que la caña estaba entera.
Si encuentro al regresar de la campaña
a mi mujer con un galán cualquiera
en alguna no lícita entrevista,
digo también que me engañó la vista.

Pues mal pudiera una mujer honrada
siendo yo su legítimo marido
recibir un galán en su morada,
dando al diablo mi honor y mi apellido.
Antes creyera yo tener turbada
la vista, y el olfato y el oído,
que creer que mi casta y digna esposa
fuese capaz de semejante cosa.

Y todo el que se precie de prudente
debe pensar lo mismo que yo pienso
si quiere tener paz entre la gente,
como voy a probarlo por extenso,
con un suceso de don Juan del Puente,
contrabandista, rico y muy propenso
a la desconfianza y a los celos,
a que debió mil llantos y desvelos.

Don Juan frecuentemente se ausentaba
de casa y de repente aparecía,
sin anunciar jamás cuándo marchaba
y mucho menos cuándo volvería,
porque en el fondo él mismo lo ignoraba:
y era la causa de esto que tenía
fincado su comercio en ir comprando
sedas, tabaco y ron de contrabando.

Compraba muy barato en el camino,
y por un extravío conocido
traía el cargamento a su destino
y a media noche entrábalo escondido
a la tienda de un socio su vecino,
de la cual se pasaba sin ruido
a su mansión por una angosta puerta
que había allí tras un tapiz cubierta.

Hubo siempre y habrá contrabandistas
que al Gobierno defrauden sus caudales
a pesar de los guardas, de los vistas,
los administradores, los fiscales;
Inútilmente los economistas
con su ciencia y sus fórmulas legales

el medio de evitarlo van buscando:
¡mientras más leyes hay, más contrabando!

Y yo de sopetón, sin que se entienda
que en materias que ignoro me entrometo,
a la dificultad hallo la enmienda;
y la quiero callar con el objeto
de colocarme al frente de la hacienda:
cuando lo obtenga se sabrá el secreto
que, en reserva, sin tropas y sin balas
consiste en suprimir las alcabalas.

¡Cara y desventurada patria mía!
¡Con razón barre el polvo tu diadema,
con razón tu existencia es agonía,
con razón tu destino es anatema!
¿Por qué no dejas la fatal porfía,
por qué no abjuras el mortal sistema
de hacer que el sabio en un rincón se oculte
y en la inacción su mérito sepulte?

El brillo de tu gloria vi empañado
por los traidores que tu seno encierra,
y vi escupir en tu blasón dorado,
y vide hollar tu pabellón por tierra.
Más de un Gobierno, más de un diputado,
en vez de hacerte bien te hicieron guerra,
y quisieron pintar, ¡oh escarnio crudo!
lagartos y colmenas en tu escudo.

El nombre de la patria me enardece
porque la adoro estando persuadido
de ser ella quien menos lo merece

de cuantas patrias hay, habrá y ha habido.
Mas como otra no tengo, me parece
que debo amarla como el ave al nido,
y a los diablos me doy si considero
que la quieren vender al extranjero.

Cual nubecilla a discreción del viento,
o cual barca a merced de la laguna,
así vagando va mi pensamiento
sin que pueda fijarse en cosa alguna.
En mis lectoras sí, que ni un momento
las sé olvidar, mas tengo la fortuna
de que aunque a veces al turbión sucumbo,
torno a seguir el primitivo rumbo.

Una noche que a casa regresaba
nuestro contrabandista muy contento,
después de acomodar lo que llevaba
acercose al tapiz y con gran tiento
quitó la llave, levantó la aldaba,
abrió la puerta, entróse en su aposento
y se llegó a la cama de su esposa,
que era una morenilla deliciosa.

¡Cómo duerme, decía, cómo duerme
mi hermosa, mi querida mariquita!
¡Cuál demuestra su ardor para quererme
los suspiros que da, lo que se agita!
Grande es el gusto que tendrá de verme
y de darme un abrazo ¡pobrecita!
yo te adoro también, querida mía,
más que el Inca adoró la luz del día.

Decir esto, quitarse su capote,
inclinarse a besar la esposa amada
y dar un furiosísimo rebote,
cosa fue casi a un tiempo ejecutada.
Y ¿por qué? porque dio con un bigote,
en lugar de la boca delicada
de su cara mitad, y oyó un bufido
al resuello de un toro parecido.

Se deduce de aquí, por consecuencia,
que el galán que a una cita se prepara
debe tener presente la advertencia
de no llevar bigotes en la cara,
ni botas que rechinen: la experiencia
junto con la razón nos lo declara,
y por eso mis bellas compatriotas
detestan los bigotes y las botas.

Cuando una jovencilla por el prado
vaga cortando y recogiendo flores,
puesta la mente, ajena de cuidado
en el dichoso fin de sus amores;
si al cortar un pimpollo salpicado
de varios y bellísimos colores
toca un áspid oculto la doncella,
se asusta el áspid y se asusta ella.

Pero más se asustó don Juan del Puente
y el dueño del bigote malhadado
que en el supuesto de que estaba ausente
en su lugar habíase acostado.
¡Cómo se quedaría el delincuente
al sentir aquel beso tan bien dado,

y el bueno de don Juan, por vida mía,
pensad un poco cuál se quedaría!

Ardía en un rincón del aposento
un angosto candil con débil llama,
del cual don Juan se apoderó violento
y lo acercó a la orilla de la cama.
Miráronse las caras un momento
los suspensos rivales y la dama
sin decirse palabra, como muertos,
con los ojos extáticos y abiertos.

El marido por fin habló primero,
con furor dirigiéndose al amante:
—¿Qué hace usted en mi cama, caballero?
y aquél volvió su estúpido semblante,
(porque era un animal, un majadero)
a la dama que estaba allí delante,
con turbación y duda manifiesta,
como quien le consulta la respuesta.

Yo digo que don Juan estaba loco
al preguntar al otro qué venía
a buscar en su cama: ved un poco
si es fácil acertar lo que quería.
Es como preguntar a un pez, a un tronco,
qué busca por el agua: ¡niñería!
O qué busca en los bosques un camello:
¿qué hace usted en mi cama?... ¡qué resuello!

Repitió la pregunta el impaciente
don Juan con voz sonora a su enemigo
diciéndole: —Canalla, últimamente

¿responde usted o a responder le obligo?
¿qué hace aquí? Y el amante balbuciente,
díjole: eso es lo mismo que yo digo,
¿qué hago yo aquí? Yo mismo no lo sé.
—Pues yo, dijo don Juan, se lo diré.

Y echando a su mujer una mirada
con los ojos de tigre que tenía
crujió los dientes y sacó la espada.
En vano le juró doña María
que no le habían ofendido en nada,
que era equivocación, que no sabía
que estuviese aquel hombre allí cubierto.
Y el del bigote le decía: —¡Es cierto!

La astuta dama en medio de su apuro
discurría por cientos las mentiras:
—Mira que es todo falso, te lo juro,
le decía a don Juan, calma tus iras,
es falso eso que piensas, te aseguro
que no es más de apariencias lo que miras,
perezca yo, si miento, en un cadalso.
Y repetía el del bigote: —¡Es falso!

—Mira, querido Juan, que yo ignoraba
que aquí se hubiese ese hombre introducido;
talvez quedó la puerta sin aldaba,
o yo no sé por dónde se ha metido.
Y el hombre del bigote replicaba
(tal estaba asustado y aturdido):
—Es cierto: dice bien doña María,
puesto que yo tampoco lo sabía.

Ella, entre tanto, alzabase del lecho,
lánguido el rostro, sueltos los cabellos,
mal encubierto el palpitante pecho,
bien dibujados los contornos bellos.
Fatiga, amor, placer, temor, despecho,
retrataban sus ojos, y por ellos
corría un llanto tal que, si lo viera,
las entrañas de un turco conmoviera.

No niego que tuviese fundamento
don Juan para pensar alguna cosa
que pudiera entenderse en detrimento
del honor y pureza de su esposa.
Pero, ¿qué más quería aquel jumento
que verla asegurar toda llorosa
que el hombre se introdujo sin su anuencia?
¿Podría estar mas clara su inocencia?

Pues no señor, el terco del marido
se arrojó sobre el hombre del bigote
tirándole un revés, que a no haber sido
porque topó la espada en un barrote
sin remedio le deja allí tendido;
mas él hurtóle el cuerpo y dando un bote
y saltando por cima de una banca
corrió a la puerta y agarró una tranca.

Con tranca el uno, el otro con espada
trabaron un combate semejante
en el tajo, el revés y la estocada,
al que suelen contar del elefante,
con aquella su trompa ponderada
contra el cuerno que tiene hacia delante

su rival el feroz rinoceronte,
cada vez que se encuentran en el monte.

Al patio se salieron con presteza
lidiando cuerpo a cuerpo y brazo a brazo,
iguales en la fuerza, en la destreza,
en el valor y en el desembarazo.

El del bigote al fin con gran fiereza
en una pierna le acertó un trancazo
a don Juan, que le trajo medio mudo
a tierra, y se largó por donde pudo.

Yo me acuerdo allá lejos de una cosa,
y es que don Juan, ya ciego de un ojo,
muy viejo, con la frente muy canosa
y algunas hebras de cabello rojo,
tenía tienda frente a Santa Rosa:
usábanle llamar don Juan el cojo;
y arrugaba la cara todavía,
cuando algunos bigotes descubría.

Así que vió correr al del bigote
se fue arrastrando en busca de madama,
la cual no estaba armada de garrote,
mas ya don Juan no la encontró en la cama,
porque cogió la ropa y el capote
de galán, y si creemos a la fama
se escapó por la puerta de la tienda;
Dios la lleve con bien y la defienda.

No digo yo que siempre que estén juntos
un mozo y una joven en un lecho
se ocupen solo en discutir asuntos

de historia, de moral o de derecho.
Todo tiene sus comas y sus puntos,
mas no se debe asegurar un hecho
si no es que de tan claro y tan llano
se toque, como dicen, con la mano.

Porque a veces engaña la apariencia
y yo he visto ocasiones repetidas
aparecer culpada la inocencia
con pruebas alteradas o fingidas.
Mas en teniendo un poco de paciencia
dichas pruebas se encuentran desmentidas,
cual verbi-gracia, en el siguiente caso
que por final referiré de paso.

Al entrar en mi casa cierto día
vi a mi mujer en brazos de un extraño,
o se me figuró que la veía,
mas ella es incapaz de mal tamaño:
y así luego pensé que aquel sería
como son otros muchos, un engaño
de los ojos turbados, y al instante
me puse entrambas manos por delante.

Y así que me los hube restregado
por cinco o seis minutos de seguida,
vi a mi mujer sentada en el estrado
sola y en su labor entretenida.
Qué tal si yo me hubiera gobernado
por la vista falaz y fementida,
¿en qué viene a parar mi matrimonio,
mi casa y mi mujer? En el demonio.

Y así vuelvo a mi tema y aconsejo
que imiten mi conducta los casados
que no se quieran ver en el espejo
de don Juan, tras carnudos apaleados.
A vuestro juicio y discreción lo dejo,
lectoras de ojos bellos y rasgados:
don Juan del Puente quiero que me llamen
si no aprobáis vosotras mi dictamen.

EL RELOX

(DEDICATORIA)

SR. D.D.A.G.*

No tuve otro objeto al componer el cuento de Don Pablo, que traducir al castellano unas pocas de las muchas sales que se encuentran en los cuentos de Casti, para darlas a conocer a algunos amigos. No creyéndome capaz de hacer la traducción por entero, ni queriendo tampoco, en atención a lo muy libre de su estilo, hacerme cargo de una parte de la tacha de licencioso que tiene aquel poeta, me limité a copiar algunas de sus gracias en un cuento que no debía salir del círculo de mis propios amigos, pues el estar impreso en un periódico de Guatemala, es lo mismo que hallarse en un archivo privado. Con las mismas intenciones compuse el cuento de Las Falsas Apariencias, porque la idea de ser seriamente autor, aun de la cosa más trivial, no se me ha pasado jamás por la cabeza. Últimamente, los cumplimientos de usted me la trastornaron hasta el extremo de hacerme emprender este cuento del Relox; bien que el asunto (que en el fondo es cierto y no muy antiguo) se preste muy bien a la poesía, y que por esa razón se me hubiese ocurrido tres años ha. Lo tenía yo muy olvidado con mis otros cuentos, porque ellos mismos me habían hecho ver que no es poeta todo versificador: ha sucedido, pues, lo que esperaba yo: el cuento del Relox ha salido tan largo, y el asunto exigía tan pocas estrofas, que la anécdota, verdaderamente graciosa, se echó a perder. Este cuento, tal como está, es frío y carece de interés: yo soy el primero en conocer que está insoportable. Dirá usted que

* Don Dionisio Alcalá Galiano.

por qué no lo arrojó al fuego? Es porque ya estoy comprometido con usted en vista de lo que ha leído de mis estrofas; pero quiero a lo menos que todos los que lean este cuento, sepan que conozco muy bien de qué pie cojea.

Usted tiene la culpa de que yo lo haya escrito; en pago sufra la dedicatoria, con todas las formalidades de estilo:

Al Sr. D. D. A. G. dedica el autor el presente poema.

—J. B.

EL RELOX

(PRIMERA PARTE)

*Toda mujer que mucho otea o es risueña
díl sin miedo tus coitas, non te embargue vergüeña.*

*Si la primera onda de la mar airada
espantase al marinero cuando viene turbada
nunca en el mar entrarie con su nave ferrada.
non te espante la dueña de la primera vegada.*

—El Arcipreste Juan Ruiz.

Aunque el aconsejar a las señoras
lo juzgo necedad y es uso añejo,
hace tiempo, bellísimas lectoras,
que estoy pensando en daros un consejo,
y es el de que robéis algunas horas
a la ventana, al piano y al espejo,
y os dediquéis un tanto a la lectura,
por prevención para la edad madura.

Hermosas sois desde los pies al pelo,
frescas, bellas, lozanas como rosas,
vuestro color es el carmín del cielo,
talles tenéis de ninfas y de diosas,
etcétera; y bastante me recelo
que, siendo tan modestas como hermosas,
más me valiera el no deciros nada,
pues sé que la lisonja os desagrada.

Sin embargo, cual íbamos diciendo,
aunque tan bellas sois, vuestra hermosura
nada puede perder, a lo que entiendo,
por un poco de estudio y de lectura;
más cuando la lectura recomiendo
no me limito a la literatura,
pues novelas y dramas ya sospecho
que bastantes leéis, y con provecho.

Es un gusto aprender en los autores
que tratan de las ciencias naturales,
por qué de las semillas nacen flores,
cómo hacen para andar los animales,
para qué fin hay rayos y temblores,
o de qué se componen los metales.
Cosas que cada día estoy leyendo,
que siempre admiro y que jamás entiendo.

Y en los libros que tratan del gobierno,
del código ateniense, del romano,
del régimen antiguo y del moderno,
monárquico, feudal, republicano:
cuándo debe un congreso ser eterno,
cómo se erige un déspota en tirano,
qué se entiende por ley de garantías,
y por qué se ha de hollar todos los días.

Mas aquellos que tratan de la historia
a cualquiera lectura los prefiero,
solo por ir grabando en mi memoria
tanto nombre de rey, tanto guerrero,
tanta revolución, tanta victoria,
tanto ministro en busca de dinero,
tantas fechas, en fin, amontonadas
por calendas, hegiras, olimpiadas.

A las crónicas soy aficionado,
a las de Guatemala sobre todo,
y he grande copia de ellas registrado
de frontispicio al último recodo.
Ni solo el Juarros leo con agrado,
que también me deleitan a su modo

Ximénez, Vásquez, Remesal, Castillo,
Fuentes, y algunos más cuando los pillo.

Yo quiero demostraros que no miento
cuando digo que es una maravilla
lo que estos libros cuentan, y al intento
os voy a hacer la narración sencilla
del lance acontecido a un avariento
por el primer reloj de campanilla
que vino a Guatemala —de contado
fue reloj muy famoso, muy sonado.

Digo que fue sonado; pero ruego
que no por la campana se presuma
que yo de intento con las voces juego,
sino que al paso se me fue la pluma.
Un juego de palabras desde luego
se sufre en un Congreso; mas, en suma,
hace muy poco honor a cualesquiera
que tenga alguna sal en la mollera.

Toda andaba la gente alborotada
por ver aquella alhaja prodigiosa;
unos decían: —¡Obra delicada!
Decían otros: —¡Máquina curiosa!
Otros, en baja voz: —No vale nada,
Como sucede con cualquiera cosa.
Y su dueño, con mucha cortesía,
—Está a la orden de ustedes, les decía.

Don Alejo Veraguas era el dueño,
que aunque había nacido en Comayagua,
se decía asturiano o extremeño

porque su tío don Martín Veragua,
a Portugal se lo llevó pequeño,
y después a Gijón —a lengua de agua—
y allí se estuvo hasta que muerto el tío,
por la Habana se vino en un navío.

Por lo cual, a pesar de ser *guanaco*,
en su modo de hablar era europeo,
y además, tan galán, tan currutaco,
que nadie le igualaba en un paseo.
A la verdad, era un poquillo flaco,
y visto de perfil era algo feo,
y algo pecoso y le faltaba un diente;
mas era muy buen mozo, muy decente.

Tanto que en aquel tiempo las señoras,
máxime las viudas y solteras,
se morían por él, y a todas horas
andábanse por verle a las carreras:
no harían otro tanto mis lectoras,
que ni curiosas son ni noveleras:
mas era entonces diferente todo
y así las cosas iban de otro modo.

Cuál, su garbo elogiaba y su despejo,
cuál, su buen gusto y su vestir prolijo;
va don Alejo y torna don Alejo,
don Alejo hace, don Alejo dijo:
¿Había algún convite, algún festejo?
Con él antes contaban; era fijo;
y los hombres tomándolo a sonrojo
comenzaron a verlo de reojo.

Mas le hacían propuestas cada día
por el reloj, ya en cambio, ya en dinero:
este doscientos pesos le ofrecía,
aquel diez onzas y un caballo overo,
quién una rifa en tercio proponía,
quién un catre, un tremol de cuerpo entero,
una frasquera de cristal completa,
un busto de Nerón y una escopeta.

Don Alejo inflexible se mostraba
sin admitir contrato, ni propuesta:
al del caballo overo contestaba:
—Tengo caballo. Al otro por respuesta
decía: —Tengo espejo, y acababa
por decirles a todos: —Más me cuesta:
trescientos pesos me costó sin sellos
y después un anillo dí por ellos.

Pero después de tanto defenderlo
de cambios y de rifas ¿quién dijera
de qué manera al fin vino a perderlo?
En igual caso yo, si mío fuera,
no queriendo trocarlo ni venderlo
con muchísimo gusto lo perdiera:
por salvar el honor de mi querida,
no digo mi reloj, diera mi vida.

Don Alejo era mozo muy amable,
de buena educación, de buenos modos,
mas tenía un defecto bien notable
que con razón le criticaban todos.
Por la menor cuestión sacaba el sable,
y siempre se metía hasta los codos

en negocios de intrigas y de amores,
de los cuales contaban mil horrores.

Decíase que a un cierto Timoteo,
marido de una linda tocoyana,
halló medio de enviarle de correo
por pasarse con ella la semana.
El lance ¡vive Dios! estuvo feo,
y después de conducta tan villana
siempre que se acordaba del asunto
en carcajadas prorrumplía al punto.

De cada nuevo amor, cada conquista,
cada beldad que a su pasión rendía
iba apuntando el nombre en una lista
que debiera llamarse letanía.
Era muy socarrón, gran pirronista,
y a todas las mujeres las tenía
en concepto de falsas, caprichosas
y de... qué sé yo cuántas otras cosas.

Se ve que era un insigne libertino
que siempre del amor había hablado
como de una botella de buen vino,
de un plato de perdiz o de pescado.
Al cabo castigó su destino,
y aquel soberbio corazón osado
que jamás doblegaba la cabeza
cayó redondo al pie de una belleza.

Era por aquel tiempo Alferéz Real
de la *Noble Ciudad de Goathemala*
don Cornelio Peléznez del Cabral,

bajo cuyo apellido le señala
un viejo cronicón municipal;
mas él dejó el Peléznez por la mala
pronunciación, que daba muchas veces
ocasión a llamarle Pelanueces.

Por tanto conservó el apelativo
de Cabral, sin Peléznez, liso y llano:
Era chico de cuerpo, de ojo vivo,
de carácter tal cual: algo liviano,
un poco tonto, un poco vengativo,
un poco sin vergüenza, un poco vano,
un poco falso, adulator completo,
por lo demás, bellísimo sujeto.*

Solo sí le tachaban una cosa,
que era el ser muy judío, muy avaro,
excepto, sin embargo, con su esposa,
que siendo una mujer de ingenio raro,
joven, alegre, antojadiza, hermosa
y con mil cualidades, era claro
que hacía de Cabral cuanto quería,
que hasta la bolsa a su pesar le abría.

Doña Clara, además de su hermosura
(porque este era su nombre: doña Clara),

* Er'egli, per esempio, un po'mordace
Un po'burbero, un po'provocativo,
Un po'avido, un po'falso, un po'vorace,
Un po'arrogante, un po'vendicativo,
Ma questi difettuzzi io non li conto
De'suoi massimi meriti in confronto.

—Casti, *Gli Animali Parlanti*, Canto III.

que en verdad parecía una pintura,
tenía un cierto no sé qué en la cara
y una cierta expresión en la figura,
que el más hábil pintor no la pintara,
y un mirar, y un reír con un salero
capaz de volver loco al mundo entero.

Sobre su pie brevísimo y pulido
que apenas al andar dejaba huellas,
al ondular las faldas del vestido
podíanse entrever sus formas bellas:
la encarnadura, el torno, el colorido
que adivinaba el pensamiento en ellas
contrastaban lo fino, lo gracioso,
de su talle flexible y voluptuoso.

Además, al tocar el fortepiano,
si no igualaba a Adam en la destreza
le excedía en lo lindo de la mano
y en llevar el compás con la cabeza;
su voz era un dulcísimo soprano,
no diré que cantara con limpieza,
mas si algún desentono cometía,
su buena dentadura lo suplía.

Aunque de fierro, aunque de mármol fuera,
¿dónde encontrar un corazón tan frío
que a tantas cualidades resistiera?
Seguro está que no sería el mío,
y si tan arrogante alguno hubiera
que quisiese aceptar el desafío,
en mirando bailar a doña Clara
las orejas apuesto a que la amara.

Don Alejo la vio y un cierto fuego
de nueva calidad sintió en el alma,
desazón, inquietud, desasociado
que le robaban su primera calma:
bien habría querido desde luego
añadir a las otras esa palma,
grabar en su blasón esa conquista,
ese nombre agregar a aquella lista.

Mas no era fácil semejante empresa
con mujer tan preciada y orgullosa,
que se tenía en más que una princesa
y tenía más humos que una diosa;
mujer que su virtud guardaba ileso
por vanidad y no por otra cosa;
ni este orgullo salía a la cara,
que antes era un almíbar doña Clara.

Por eso don Alejo el atrevido,
el audaz don Alejo vacilaba,
que nunca había cosa tal sentido
como la que esta bella le inspiraba.
Por más planes que hubiese concebido,
así que en su presencia se encontraba
todo el plan se cambiaba en un enredo
de duda, amor, placer, valor y miedo.

Si doña Clara al punto echó de ver
esta pasión, no lo sabré decir:
pues nada sé de astucias de mujer,
ni aventuro sobre ellas mi sentir.
Mucho menos alcanzo a comprender
en qué diablos podía consistir

que se viesen a tarde y a mañana
el en su calle y ella en su ventana.

Pasaba don Alejo y revolvió
y volvía a pasar y la miraba,
y ella ni aun advertirlo parecía
sino cuando al pasar la saludaba.
Entonces al saludo respondía;
mas nada en sus maneras demostraba
que le diese importancia a tal cortejo;
de que se daba al diablo don Alejo.

En esta situación, en este empeño
el tiempo se pasaba, y el amante
iba perdiendo el apetito, el sueño
y la antigua alegría del semblante.
A la luz de los ojos de su dueño
ardía el infeliz solicitante
rondando en torno de la bella dama
cual mariposa en torno de la llama.

—¿De cuándo acá tan tímido y cobarde?
Se decía a sí mismo con despecho.
—¿Por qué ocultar las llamas en que arde
callado el corazón dentro del pecho?
Tengo de hablar, y si he de hacerlo tarde
mejor será temprano: Dicho y hecho,
a la primera vez que la vió sola
acercose a la reja y saludóla.

Don Alejo en sus mientes cavilando
lindas frases había prevenido
para decir su amor en tono blando,

patético, elocuente y comedido,
cual convenía al caso; pero cuando
vio faz a faz al dueño apetecido,
sin poder proferir un solo acento,
perdió el color y le faltó el aliento.

Como aquel que al saltar un ancho foso
midiendo la distancia se prepara
y toma espacio y lánzase animoso,
y corre al borde, y súbito se para
arredrado del salto peligroso:
del mismo modo al ver a doña Clara
arrugar el hermoso sobrecejo
se quedó como estatua don Alejo.

Y ella viendo pintado su desmayo
en la cara asustada que tenía,
que herido parecía estar del rayo,
tomó un aire de trisca y de ironía
y su rostro inclinando de soslayo,
le dijo con maligna cortesía
y risa entre burlona y desdeñosa
—¿Iba usted a decirme alguna cosa?

“Mal la mujer conoce quien presume,
a fuerza de suspiros obligarla;
en vano se desvive y se consume
en su necia pasión sin explicarla.
Valor, audacia: en esto se resume
la ciencia del amor y el resto es charla”.
Mas no penséis que esta sentencia es mía;
la digo porque Byron la decía.

Cuando alzó don Alejo la cabeza
para reconvenir a la inhumana
por su feo desdén y su crudeza
mano a mano se halló con la ventana.
Atónito, corrido, en su fiereza
clamaba a Lucifer con furia insana,
y al marcharse tirándose del pelo
oyó una carcajada: ¡qué consuelo!

No bien llegó a su casa el desdichado,
de infanda zaña el corazón henchido,
que se hechó en su sillón desesperado,
descompuesto el cabello y el vestido:
y luego levantóse endemoniado,
y exhalando un sordísimo gemido,
se puso a pasear como demente
pronunciando el monólogo siguiente:

—Lengua de Barrabás que en los pasados
tiempos, para mentir falsos amores,
veloz en gabinetes y en estrados
parecías redoble de tambores,
a manera de ciertos diputados
que quisieran pasar por oradores:
¿Cómo diablos ¡oh lengua! enmudeciste
hoy que decir una verdad quisiste?

Hizo una breve pausa y levantando
la voz, como cantor en un *crescendo*
que comienza en acento sordo y blanco
y progresivamente va subiendo,
apostrofó a su ingrata declamando
versos de Shakespeare; mas traduciendo

con la fidelidad con que interpreta
cierta arenga de un belga la *Gaceta*.

A woman sometimes scorns what best contents her,
fue el testó que tomó: testó que quiere
decir que algunas veces la mujer
hace burla de aquello que prefiere:
y que lo que más finge aborrecer
es lo mismo talvez por que se muere;
ni de su burla hay que asustarse tanto,
que lo que empieza en *risa* acaba en *llanto*.

Todo esto no lo dice solo el testó,
ni hay idioma en el mundo tan lacónico
que pueda en un renglón decir todo esto
inclusos el romano y el teutónico.
Mas los últimos versos son del resto
de un discurso satírico y sardónico
que dice, no me acuerdo que persona
del drama *Dos hidalgos de Verona*.

Y prosiguió: — ¡Mujer, yo te aborrezco!
¡Mujer falaz, artificiosa, ingrata!
¡Al escuchar tu nombre me enfurezco
porque es tu nombre tósigo que mata!
¡Yo no quiero tu amor, yo no apetezco
tu corrompido corazón de plata
que solo vibra al retintín del oro!
Mujer... ¡Maldita seas!... Yo te adoro...

¡Yo te adoro... es decir, a pesar mío:
te aborrezco y te adoro juntamente,
como se juntan el calor y el frío

en el sudor glacial que arde mi frente:
yo perdonara tu desdén impío;
mas antes me arrojara en un torrente
que perdonarte tu sangrienta mofa!
(Es algo metafísica esta estrofa).

Dijo luego entre dientes otras cosas,
de manera que apenas se entendían
sino algunas palabras injuriosas
que acaso sin querer se le salían
como, *necias... coquetas... veleidosas...*
y otras que bien presumo cuál serían;
ya se ve, don Alejo estaba loco;
pero se fue calmando poco a poco.

¡Oh amor...! (este episodio es excelente,
el verso es suelto, fácil, bien hilado
y corre como el agua de una fuente)
¡Oh amor!... (y buen trabajo me ha costado)
¡Oh amor inconcebible, inconsecuente!
¿Qué nombre te daré (poned cuidado)
si a veces más que amor parece odio?
(¡Arrogante principio de episodio!)

¿Qué es el amor? Es un sublime arcano,
símbolo del misterio de la vida.
¿Qué es el amor? Es un capricho vano,
un simple antojo, una ilusión fingida.
¿Qué es el amor? Es un delirio insano
que róe una existencia maldecida.
No hay del amor definición correcta
y la da cada cual según su secta.

Preguntad a Platón; en su sistema
es el amor un sentimiento puro,
una llama invisible que no quema
y que sé yo. La escuela de Epicuro
niega la esencia de esta unión suprema
y nos pinta el amor carnal, impuro;
aunque no fue Epicuro tan sensual,
más Aristipo lo entendió muy mal.

De unos y otros siguiendo la doctrina
funda Rousseau la suya en la pureza
del amor de platón, al cual se inclina,
y cree que por exceso de flaqueza
tenemos que ceder a la rutina
de nuestra material naturaleza;
más que, aplacando un tanto este incentivo,
vuela el alma al amor contemplativo.

Entre tantas escuelas y secciones
sobre esta gran cuestión de *Erología*
en que están divididos los campeones
de la moral y la filosofía,
y entre este laberinto de opiniones,
la que prefiero a todas es la mía,
y pues viene de perlas, os haré
una sincera profesión de fe.

Yo creo en el *amor sentimental*
y creo en la *amistad del corazón*,
y en el *gusto*, también, *condicional*
de Rousseau, de Voltaire, de richardsón
(con acento en la sílaba final):
creo en la *simpatía*, en la *atracción*

de la fisiología de Roussel,
y si otro amor hubiere, creo en él.

Creo también (lo digo con verdad)
en el desinterés de la mujer,
en su fina y constante lealtad,
en su modo sublime de querer:
la mujer es un ángel de bondad
incapaz de engañar o de ofender;
ni tiene gracia que lo diga yo,
ellas mismas dirán si es cierto o no.

Yo conozco sus prendas; pero al cabo
vale más el callar porque no gusto
de que puedan pensar que las alabo
por mi propio interés; lo justo, justo:
ni acostumbro adular con menoscabo
de la verdad, ni empleo el tono adusto
o el estilo dogmático de un viejo...
Entre tanto ¿qué hacía don Alejo?

Lo que entretanto don Alejo hacía
era estar recostado en un escaño
rendido a su dolor ¡Quizá dormía!
¿Vosotras lo extrañáis? Yo no lo extraño.
Si una pena durase todo un día
tan cruda como empieza, haría un año
que no saliera un verso pareado
de mi cráneo vacío y oradado.

Dejémosle dormir enhorabuena
que el sueño si no cura al desgraciado
alíviale, a lo menos, de su pena,

a lo menos da tregua a su cuidado.
Duerme el cautivo atado a su cadena,
duerme junto a sus armas el soldado,
duerme el piloto al pie del gobernalle
y duermen los serenos en la calle.

Duerman en paz, en paz mi cuento sigo:
Apenas despertó de su letargo
un poco sosegado nuestro amigo
de su gran pesadumbre, sin embargo
de no estarlo del todo; como digo,
viéndose en el escaño largo a largo
tendió los brazos y estiró el pescuezo
exhalando un suspiro... y un bostezo.

También yo bostezara si tuviera
de seguirle en su historia paso a paso
sin omitir ninguna friolera;
no la habría emprendido en ese caso:
un buen pintor que pinta una pradera
dibuja al sol cayendo en el ocaso
y al ganado paciando en la verdura;
mas no llena su cuadro con basura.

Baste, pues, el decir, “que recobrado,
y del primer terror convalecido”
tornó a su galanteo acostumbrado ,
olvidando el desaire recibido.
(Esto se llama estar enamorado)
Ni desistió jamás de este partido
aunque vió ser su diligencia vana,
pues siempre hallaba sola la ventana.

Por abreviar mi tarda narración
voy a cortarla aquí: como el Congreso
que teniendo la ley en discusión
para darla más presto entra en receso.
Cumple así cada cual su obligación
al público aliviando de su gran peso:
el diputado el de su inútil dieta,
y el de algunas estrofas el poeta.

Pero no puedo menos que copiar
una carta que guardo para muestra
del femenil estilo apistolar
en época tan varia de la nuestra.
Se hace en ella mención particular
del lance acaecido en la *fenestra*;
(fenestra significa la ventana)
y dice: “Jueves diez”—Querida Juana:

“No puedes figurarte con la pena
que me tiene tu viaje pues a cada
rato estoy preguntando como un ena-
morado cuándo vuelves, pero nada
importa lo demás como estés buena
que es lo que yo deseo y muy hallada
y engordes mucho con los baños en
unión de Don Jerónimo con quien

estoy muy enojada, pero mucho,
pues yo ninguna tuya he recibido;
y dime si ha salido bueno tu cho-
colate para enviarte, no me ha sido
posible conseguir que el avechicho
de don Blas mi cuñado haya querido

llevarme a verte; es tanto lo que extraño
tu falta que ya pienso que hace un año

pues tengo mucho que contarte ya sabrías el casamiento de la Coso
con Don Juan Catarino, y que se casa
a disgusto de todos pero yo solamente por la pobre Nicolasa
lo ciento porque dicen que es celoso
...(un borrón hay aquí sobre lo escrito)...
pues no me gusta el novio ni tantito.

Y no me alargo más por estar sumamente
indispuesta con dolor de cara
y escribiendo muy mal de modo que
huma-

namente no podrás leer mis garavatos,
y por estar fatal la pluma.

No dejes de escribir dos letras para
tu amiga que desea *veretete*

(Así el original) *Clara Roblete*

de Cabrales. —Post data: Ya ves como
don Alejo llegó por la ventana
con ánimo de hablarme y empezó moléndome
con que soy una tirana,
pues estaba más pálido que el plomo
y se puso a decir cuanto la gana
le dió, que era muy linda como un cielo
pero ni la mitad es esto cierto de lo

que me decía, qué dirá la gente
de haberlo visto allí con su tontera

por más que yo le dije que era un ente
muy insignificante y que se fuera:
pues si vieras, es hombre muy corriente
y que tiene la sangre muy ligera
mas a mí no me gusta por osado
pues amantes como él se encuentran a do-

cenas. Pero por fin se fue llorando
así que me quité, ve que locura
y andaba por allí Cornelio cuando
esto pasó y cayó con calentura
don Alejo y ha estado delirando,
más ¡por mí! que se muera—ya me apura
el portador.—Jesús que priesa de hombre,
saluda a don Jerónimo en mi nombre”.

Así escribían antes las señoras.
¡Cómo los tiempos mudan! Hoy en día
en que todo es progresos y mejoras
da gusto lo que escriben, a fe mía:
y entre ellas sobresalen mis lectoras:
¡Qué estilo!, qué dicción!, qué ortografía!
¡Qué delicada construcción de frases
sin mentiras, sin *pueses* y sin *mases*!

¿Podiera ser acaso de otro modo?
Sin que nos extendamos más sobre esto,
con decir quiénes son se dijo todo.
Alguno juzgará que me he propuesto
ser su panegirista y que acomodo
una lisonja con cualquier pretexto;
no es mi carácter ese: si supiera
alguna cosa en contra, lo dijera.

Pero vuelvo a mi historia y os convido a dar conmigo un salto... ¿qué os espanta? No es el salto de Léucades temido, ni el que con un dogal en la garganta dió Judas de su infamia arrepentido, ni el salto que Solís tanto decanta de Alvarado con todos sus arneses: es simplemente un salto... de dos meses.

El de noviembre es clásico en la historia del reino de Utatlán (hoy Guatemala)* por la recordación de una victoria que en unión de los indios de Tlaxcala aquel héroe ganó: y en su memoria se hacía en este mes con pompa y gala un militar paseo, en la vigilia del día veinte y dos (Santa Cecilia).**

Llegado, pues, aquel famoso día en el año que vamos refiriendo, comenzó la función como solía, al son de las campanas y al estruendo de dos piezas o tres de artillería...

* ...Acxopil, emperador de Utatlán, dividió su imperio en tres reinos: el del Quiché, el de Kachiquel y el de Zutugil.— Estos tres reinos componen una gran parte, o mejor diré, la mayor del Estado de Guatemala, lo cual me movió a llamarlo reino de Utatlán.

** El paseo de Santa Cecilia se hacía en memoria de la fundación de la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala en 22 de noviembre de 1527. Algunas personas creían (entre ellas el cronista Vásquez) que este paseo recordaba una victoria decisiva alcanzada el día de Santa Cecilia; y aunque se sabe muy bien que no hubo tal victoria en ese día, basta para que yo lo diga en una *estrofa*, la autorización del referido Vásquez.

o fuese de arcabuces: no pretendo
que se me preste fe sobre este punto,
mas las salvas importan a mi asunto.

De gentes se cuajaron las esquinas,
de damas se adornaron los balcones,
colgáronse los muros de cortinas,
se alegraron las calle con festones,
armáronse pependencias, tremolinas,
corrillos, carcajadas, estrujones;
pañuelos y sortijas se perdieron,
y muchachas también... pero volvieron...

Al son de chirimías y atabales,
los de Tlaxcala claros descendientes*
llevando a cuestras arcos triunfales,
la marcha precedían diligentes.
Bellas plumas de pavos y quetzales
coronaban los arcos relucientes,
y otros indios vestidos de soldados
los custodiaban, de arcabuz armados.

A caballo seguía la nobleza
en unión del ilustre Ayuntamiento
ostentando su brío y gentileza
en selecto y lucido regimiento.
Cada corcel llevaba en la cabeza
un penacho o florón; el paramento

* Alude a los indígenas de Ciudad Vieja, pueblo inmediato a esta ciudad, formado después de la ruina de 1773, por los naturales del pueblo del mismo nombre que se halla en la Antigua Guatemala, y traen su origen de los indios de Tlaxcala que vinieron con el conquistador don Pedro de Alvarado.

era de plata y oro, y enrizadas
la cola y crín con cintas enlazadas.

Cerraba la brillante cabalgata
la Audiencia y la Real Chancillería:
también bordado traje de oro y plata
más vistoso que el sol a medio día.
Vestido el presidente de escarlata,
con más ostentación que un rey venía,
trayendo a la derecha en su bridón
al alférez real con el pendón.

Por últim, venía paso a paso
el cuerpo provincial de los dragones,*
de disciplina y de valor escaso,
en caballos muy flacos y trotones.
Al son de un mal tambor, sin hacer caso
de guardar formación, por pelotones,
con mucha gravedad y muy despacio
venía encaminándose a Palacio.

Cuyo balcón estaba rebozando
de damas y señoras de gran cuenta
el egregio paseo contemplando,
junto con la señora presidenta.
Al ir los caballeros desfilando
la excelsa multitud estaba atenta
(la llamo excelsa porque estaba en alto)
viendo cada corveta y cada salto.

* El antiguo y único escuadrón que había en Guatemala al tiempo de la independencia, que solo se reunía para las grandes funciones.

Pasó el primero don Martín Lamprea,
muy estirado en una yegua baya;
tras él don Juan Gonorreitigorrea,
natural de Pasages, en Vizcaya.
Seguíanles don Sancho Bocafea,
don Luis Tenaza, don Andrés Malhaya,
don Blas Cabral y don Manuel Cornada,
hombre de una nariz desaforada.

Venía don Crisóstomo Zamporda
en un caballo negro salpicado:
don Bruno Rueda en una yegua torda
le seguía torciéndose de lado.
Cerca de él don Gregorio Panzagorda
hundía el lomo en un rocín melado,
y el de un overo don José Portilla
agarrado del pico de la silla.

En un zaino de trote furibundo
don Tonino Lenguaza atrás venía,
el hombre más chismoso de este mundo
y el más cobarde que en el reino había:
don Julio Mier iba a su lado, oriundo
de Carmona, ciudad de Andalucía,
y con ellos don Marcos Bahamonde,
corregidor que fue de no sé dónde.

A éstos seguía don Julián Moncada,
teniente coronel, mayor de plaza,
mayordomo mayor de la Cruzada
y tercero del Carmen, dando traza
de alcanzar a don Cosme de Valnada
que montaba un bridón de buena raza,

y a don Justo Patilla, que en su potro
con un estribo va más largo que otro.

No quiero fastidiar con los demás,
como los Garrafuerte, los Gallín,
los Peladas, los Moscas, los Reiyás,
los Trampeas, en número sin fin:
todos con sus lacayos por detrás
puesta la mano en la anca del rocín;
mas, ¿quién son esas damas que los miran
desde el balcón, y viéndolos suspiran?

La presidenta doña Petra Almonda
era la principal, y su sobrina
doña Lucía, natural de Ronda,
muy salada gitana y muy ladina.
Doña Isabel Sinnóes, linda y blonda,
doña Inés Tresamantes de Pesquina
y doña Cruz Malpara del Pezado,
les hacían la corte a cada lado.

Prendida la mantilla con hilvanes,
muy mirlada en su silla, se seguía
doña Coronación de Cienfustantes:
después doña Tamasa de Maldía,
guiñando el ojo a todos los galanes;
luego doña Joaquina Cararpía
con el rostro muy seco y afligido
por la muerte del séptimo marido.

Estaba allí doña Rosita Alfaca,
cuñada de un oidor de campanillas,
y doña Dorotea Tomaydaca,

que cantaba muy bien las seguidillas.
También doña Ana Espín, señora flaca,
empeñada en cubrir las pantorrillas
de doña Engracia Ordez, señora gorda
que a la solicitud se hacía sorda.

Doña Clara Roblete, por supuesto,
a todas excedía en hermosura,
en tez, en cara, en talle y en el resto,
y en el traje también, cuya pintura
haría si pudiera; mas sobre esto
nada sé, ni de frases de costura;
¿qué entiendo yo de nesgas, lazos, golas,
bebederos, jaretas ni escarolas?

Estas y otras bellezas sobrehumanas
el mirador magnífico cubriendo,
parecían huríes y sultanas
que un bazar estuviesen presidiendo,
gordas y flacas, jóvenes y ancianas
en silencio ¡oh prodigio! estaban viendo
pasar los caballeros, como digo,
cual si fuese el ejército enemigo.

De repente un clamor estrepitoso
se oyó rodar entre las damas bellas,
y un volver las cabezas, y un ansioso
mirar al mismo lado todas ellas,
así al ver algún cuerpo luminoso
el campo atravesar de las estrellas,
todos para mirarlo se voltean
y a la vez dicen todos: “¡Vean! ¡vean!”

—¡Allá viene! ¡Allá viene! ¡Qué galán!
¡Don Alejo es aquel que se adelanta!
¡Allá viene montado en su alazán!
¡Qué planta de animal! ¡Qué hermosa planta!
Estas palabras circulando van
y el eco del rumor que se levanta
va a repetir en último reflejo:
—¡Aquel es!... ¡Allá viene!... ¡Don Alejo!

En esto despuntaba por la plaza,
más que Orlando gallardo el caballero,
no cubierto de casco ni coraza,
sino de una casaca y un sombrero,
ni llevaba montante, lanza o maza,
ni pulido broquel de fino acero,
mas un estoque armado en pedrería
que del dorado cinturón pendía.

Eran de raso blanco los calzones,
llegándole nomás a las rodillas,
cubiertas las costuras con galones
y sujetos al cuerpo con hebillas.
No diré que alcanzase a los talones
la casaca, mas sí a las pantorrillas,
de seda de Milán color de perla
y bordada, que daba gusto verla.

La larga chupa al muslo descendía
de igual color y de las mismas telas,
y una y otra cartera guarnecía
un hermoso alamar de lentejuelas.
Por su brillo talvez se juzgaría
que llevaba en los muslos escarcelas;

era el ropaje, en fin, de los más ricos,
así como el sombrero de tres picos.

Tenía el alazán la frente blanca,
ancha nariz cabeza breve y cuello
largo y delgado ijar, redonda el anca,
robusto pecho, liberal resuello,
rasgado el ojo, la mirada franca,
el brazo negro, levantado, bello,
que en tierra estampa el casco desdeñoso
como quien pisa el cráneo de un chismoso.

En el aire flotando su copete,
iba el coronel erguido como un gallo;
y su dueño, estirado del jarrete,
parecía sultán en su serrallo.
Las mujeres miraban al jinete
y los hombres miraban al caballo:
al par iba el rocín que el dueño, ufano,
con fundamento igual para ser vano.

Al dar frente al balcón con algazara
saludóle aquel círculo festivo,
y en medio del bullicio, doña Clara,
haciendo un ademán no poco esquivo,
decirles parecía con la cara
—Ese sultán que veis es mi cautivo:
señal de que sentía allá en su pecho
cierto placer de orgullo satisfecho.

El desdeñado amante, con deseos
de ostentar más y más su gallardía,
caracoles haciendo y escarceos,

delante de las damas se lucía.
Estando en estos saltos y paseos
su salva disparó la artillería...
(Por eso hablé de salvas; mas ahora,
si queréis, suprimidlas en buena hora).

Al estallido los caballos fieros
parecían demonios desatados,
arrojando de sí a los caballeros
sobre los circunstantes apiñados.
Volaron espadines y sombreros
y volaron también por todos lados
unas cuantas polvíferas pelucas,
dando a luz los secretos de las nucas.

Aunque se hacía el alazán pedazos
guardaba don Alejo los arzones,
hasta que al repetir los cañonazos,
no pudiendo sufrir los empellones
soltó las riendas y alargó los brazos;
y mostrando el revés de sus calzones
cayó haciendo a la noble concurrencia
una inversa y profunda reverencia.

Muy lejos de burlar al caballero
por aquella ridícula aventura,
Decían: —¡Qué valiente! Qué ligero!
¡Con qué gracia se cae!; Qué soltura!
El aura popular con un guerrero
hace siempre lo mismo y transfigura
cualquier ardid que le sugiere el miedo
en estrategia, en táctica, en denuedo.

¡Don Alejo cayó! De su caída
alzóse con más gloria, máspreciado:
las mujeres temblaron por su vida,
su reloj a los hombres dio cuidado.
La misma doña Clara conmovida
juzgándole en las piedras estrellado,
tan pálida se puso, que cualquiera
viéndola así, su novia la creyera.

De suerte que las damas lo notaron
y afectando interés y simpatía,
la causa del pavor le preguntaron;
mas ella: —¡Mi marido!, les decía,
hacia a Cabral entonces se tornaron
y viendo que el caballo le cernía,
exclamó a carcajadas la asamblea:
¡Vean cual pelanueces bambolea!

Juzga así el mundo... etcétera (con esta
dos etcéteras van). La blanca lumbre
de la luna bañada la alta cresta
del monte, y la aureola de su cumbre
se empezaba a teñir, cuando la fiesta
dió fin con el refresco de costumbre
en casa del alférez, donde os ruego
me permitáis llevaros desde luego.

Por no cansar no pasaré revista
a los helados, vinos y licores,
ni haré la larga y dilatada lista
de los variados dulces y las flores
que el olfato halagaban y la vista

con su grato perfume y sus colores;
ni de cuanta invención el arte engendra
como las ricas tártaras de almendra.*

Cubiertas de brillantes perendengues,
cien beldades (en número hiperbólico)
digerían lisonjas y merengues,
con aire diferente y melancólico.
No harían más melindres y más dengues
al tomar el brebaje más diabólico
que los que a vista del sorbete hacían;
pero ¡cómo ha de ser! se lo bebían.

Cerca de doña Clara colocados,
hartos de limonada y de rosquillas,
dos señores estaban reclinados
contra los espaldares de sus sillas,
hablando de cosechas, de ganados,
del precio del cacao en las Antillas,
de las noticias últimas de España
y del conflicto con la Gran Bretaña.

El más mozo decía: —Estoy seguro,
porque a mí me lo escriben de Valencia,
de que estalló la guerra. El más maduro
preguntóle: —¿Y qué dice su excelencia?
Es regular que en semejante apuro
dictará alguna seria providencia...
—¡Toma! dispuso ya las necesarias,
como son rogativas y plegarias.

* En algunas de estas funciones se han servido 400 clases de dulces.

—Y de Asturias ¿qué escriben? ¿Será cierto
que se va don Alejo en el verano?

—Dicen que sí: le llama don Roberto
a recibir las minas del hermano...
Oyendo doña Clara aquel aserto,
dejó caer el vaso de la mano,
el cual dando al más viejo en las rodillas
fue rodando a sus pies a hacerse astillas.

—¡El vaso! ¡el va...! —clamó Cabral ansioso;
mas viendo el ceño a su mujer al paso
concluyó con un gesto lastimoso,
si acabar de repetir “el vaso”.
Por enmendar el yerro de su esposo,
y corrida la dama del fracaso
díjole, dominando su sorpresa:
—Conduce a estos señores a la mesa.

No andaba don Alejo tan remoto
de la escena del cuadrúpedo congreso
que no viese muy bien el vaso roto
y el cómo y el por qué de aquel suceso:
y vio la necedad y el alboroto
que metió don Cornelio, y que por eso
a refrescar le dijo doña Clara
que a entrambos caballeros se llevara.

Acercósele entonces el amante
con el valor que le faltó primero,
leyendo su ventura en el semblante
ora tan blando y antes tan severo,

y en voz le dijo tierna y suplicante:
—No sabe usted lo mucho que la quiero,
por Dios, no esconda tan hermosa cara,
¡Clara! ¡Mi dulce, mi querida Clara!”

Ella, más colorada que un celaje,
encendidos y lánguidos los ojos
respondióle en suavísimo lenguaje
no se qué de peligros y de arrojos,
del susto del caballo y del viaje:
todo entre mil sonrisas y sonrojos,
con abandono tal y tal gracejo
que se quedaba absorto don Alejo.

Esta manera de decir su amor
parecerá trivial, pero no importa:
yo digo como César: la mejor
es la menos pensada y la más corta;
ni es posible otra cosa en el ardor
de una declaración que el alma aborta
en vértigo febril, que en su agonía
el corazón al corazón envía.

Por lo demás, no es esta mi manera;
y acaso dos o tres de mis lectoras
podrían recordarla, si no fuera
porque piensan en otras a estas horas.
El éxito (compruébelo el que quiera)
excede al de las frases más sonoras
que anticipado el ánimo prepara:
díganlo don Alejo y doña Clara.

Dulce como resbala de la fuente
el cristal entre márgenes de flores,
el tiempo resbalaba su corriente
sobre nuestros ternísimos actores.
No quiero ya decir que enteramente
tuviesen ajustados sus amores:
¿Dónde está la mujer tan sin orgullo,
que dé los brazos al primer arrullo?

En confuso rumor los caballeros
andaban ya buscando por las sillas
látigos, abanicos y sombreros,
y las damas prendiendo sus mantillas,
y, los criados llamando a los cocheros,
y don Cornelio dando zancadillas
por hacer reverencias sempiternas,
con la espada enredada entre las piernas.

Las señoras en pie para marcharse,
con abrazos sin fin se despedían;
todas hablando juntas, sin curarse
de lo que mutuamente se decían.
Grato rumor que puede compararse
al que presumo yo que formarían,
por sonoras, por fuertes y por largas,
de Waterloo las últimas descargas.

Mas, en fin, una a una iban saliendo
llevando cada cual su cucurucho
de los mejores dulces, y comiendo,
y sobre todo platicando mucho.
Los caballeros íbanles siguiendo

como sigue a la garza el arguilucho;*
y en los jacos montaban los lacayos
que partían veloces como rayos.

Fuerza fue, pues, a nuestros dos amantes
dejar sus dulces diálogos pendientes,
resueltos a seguirlos cuanto antes
y diciendo ternezas entre dientes
Por equivocación trocaron guantes
(acaso no serían diferentes)
y al protector estruendo de los coches
se dieron las postreras buenas noches.

—¡A dormir! ¡A dormir! Que estoy cansado—
le dijo a doña Clara su marido
cuando quedaron solos. —¿Qué hora han dado?
—Las nueve. —¡Con razón! Tremenda ha sido
la jornada... y el gasto... demasiado,
y mañana el almuerzo... ¡Estoy lucido!
¿No vienes a acostarte? ¿Qué horas son
por el reloj? —Las nueve. —¡Con razón!

Diez minutos después Cabral dormía
y al lado suyo su mujer velaba.
Así dio fin la fiesta de aquel día
que tanto en la ciudad se celebraba.
El día veinte y dos se repetía
la misma operación y se almorzaba

* Damos el nombre de arguilucho al águila que se encuentra en las florestas de nuestras costas o tierras bajas del lado del mar. Es un ave de rapiña, muy grande, negras las alas y el pecho blanco. Es más bien un milano gigante. Pero se entiende aquí por arguilucho el pollo del águila.

en casa del alférez, y acabado
volvía todo a su normal estado.

Cabral dormía, digo, sin cautela
a pierna suelta, de su esposa al lado:
a su lado la esposa estaba en vela,
y en la calle el amante desvelado
cantaba al blando son de su vihuela
una canción en tomo bemolado
de do menor: con el compás consueto
de seis por ocho, en aire de *larghetto*.

Duerme ¡oh bella! en paz y en calma
sobre tu dorado lecho,
sin pesares en el alma
ni temores en el pecho.
Duerme tú, mientras yo canto
 lánguida trova,
sin que te turbe en tu alcoba
 mi quebranto.

Sueña mágicos jardines
con fuentes, grutas y flores;
sueña espléndidos festines
con danzas y con amores.
Sueña tú, mientras yo velo,
 ¡ídolo mío!
y al aire el acento envió
 de mi duelo.

Duerme, hermosa, y en el sueño
séate blando el ambiente,

esté tu rostro risueño
y placentera tu frente.
Ríe tú, mientras yo muero,
 ríete; ¡oh cara!
por tu sonrisa trocara
 el mundo entero.

Esta canción cantaba don Alexo,
(don Alejo con equis se firmaba,
pero no con acento circunflejo)
y doña Clara en vela le escuchaba:
“Duerme tú, duerme tú, mientras me quejo”.
Esta canción, repito, que cantaba:
“Duerme tú, duerme tú, mi dulce sueño”
¡Bonito modo de llamar el sueño!

Velaba doña Clara, y su marido
a cada copla del cantor nocturno
con un trinado y áspero ronquido
al compás respondíale por turno.
O profería frases sin sentido
entre sueños, mohino y taciturno,
como “Clara..., no saltes..., ¡ay!..., detente...
soy de cristal..., me rompes..., ¡cuánta gente!...”

Así sueña el gobierno con la bula,
el obispo y el fuero: mientras tanto
que canta el enemigo en Tapachula*
y en los Altos resuena el ronco canto,
¡Oh Patria! ¡Cara patria! disimula

* La estrofa de este lugar no ha podido descifrarse del original que el autor dejó sin corregir.

si tus llagas no baño con mi llanto;
mas ya mis ojos cóncavos y huecos
a fuerza de llorar quedaron secos.

Yo quisiera saber en qué consiste
que en el curso de un día está mi mente
unas veces alegre y otras triste;
como mujer fantástica y demente,
que de luto y de púrpura se viste,
mudando de color continuamente.
No llego a conocer mi fantasía,
y las ajenas... menos que la mía.

Propongo este dilema: ¿es un entero
nuestra imaginación? ¿Es un quebrado,
(entiéndame quien pueda), o es un cero?
Cero no puede ser por de contado,
ni se vaya a pensar que me refiero
a la tesorería del Estado
cuando de ceros hablo, ni se crea
que aludo a lo que hizo la Asamblea.

Prosigamos. Aquella serenata
significaba “ven a la ventana”
y aunque no aquella noche, en la inmediata
la súplica del bardo no fue vana:
envuelta doña Clara en una bata,
hasta más de las dos de la mañana,
en gran coloquio estuvo con su amigo,
al través de una reja y un postigo.

Y no obstante de estar enamorada
hizo la resistencia más lúcida,

cual valerosa guarnición sitiada,
antes de dar la plaza por vencida:
el “no puedo”, el “no debo”, el “soy casada”
a su tiempo vinieron, en seguida
un silencio obstinado, un aire inquieto,
por último el encargo del secreto.

Guardar secreto es condición forzosa
que impone la mujer, con el objeto
de mostrar que si cede es pesarosa:
“te quiero, pero guárdame el secreto”.
Y el hombre, por jurar alguna cosa,
le jura con mil cruces ser discreto:
ambos juran callar!, y a sus amigos
del juramento ponen por testigos.

Habláronse en la reja muchas veces
el amante y la dama sin recelo,
en tanto que soñaba Pelanueces
que se venía del caballo al suelo.
Oculto don Alejo en los dobleces
de la capa, calado su chapelo
y bajo el brazo la ancha toledana,
como Cid asediaba la ventana.

Ya podéis suponer que pocos días
pasaron sin que todas las vecinas
comenzasen a armar habladurías
acerca de estas citas clandestinas.
El que dice vecinas dice espías,
¡Lleve el diablo sus lenguas viperinas!
Odiosa, inútil y maldita raza
que solo sirve de espantar la caza!

Al soplo de la brisa más ligera
la llama débil ríndese y se apaga,
mientras que al huracán la inmensa hoguera
arde con más violencia y se propaga.
Muere un débil amor de igual manera
al primer contratiempo que le amaga;
mas a la par que el contratiempo crece
el amor verdadero se enardece.

Así Clara y Alejo (los tuteo
harto de tanto *don* y tanto *doña*)
no cedieron al necio cacareo
que levantó la vecinal ponzoña.
Antes bien se encendieron en deseo
de quitarse a la vez aquella roña
y de poderse ver con más franquicia
siempre que fuese la ocasión propicia.

Cerca de la ciudad y al medio día
hay una fertilísima campaña
que en su tortuosa y rauda travesía
el Guacalate con sus aguas baña.
En ella don Cornelio poseía
una soberbia plantación de caña,
cual consta de viejísimo expediente
de un litis que en la corte está pendiente.

Entiéndase la Corte de Justicia,
supremo tribunal por excelencia
In quo dolos non est Corte propicia
Al jus, al suum cuique, a la inocencia:
tribunal que no quema ni injusticia
por no firmar con sangre una sentencia:

tribunal el más claro; porque, en fin,
no se habla allí ni griego ni latín.

Y no por ignorancia, desde luego
en Guatemala hay más de un abogado
que sepa traducir latín y griego
y español, a pesar de ser letrado.
Bien que en estas materias soy un lego
y acaso en lo que digo voy errado:
siendo así, de lo dicho me desdigo
y mi sencilla narración prosigo.

Peléznez con frecuencia a su plantío
iba a ver el progreso de un trabajo
cuyo objeto era hacer subir el río
que del cañaveral corría abajo.
A fin de establecer el regadío
hizo de arena un dique y de cascajo...
pues aquí hasta las ciencias las estancan
porque suban, y el paso les atrancan.

Ello es que a pocas noches doña Clara,
hallándose en la hacienda su marido,
a solas en su alcoba y cara a cara
tuvo ocasión de hablar con su querido.
Con aldaba tenía la mampara
y cubierto el velón, aunque encendido,
iluminando apenas el estrado
en que los dos se hallaban lado a lado.

Él reclinado sobre el hombro de ella
posaba el brazo en su redondo cuello,
y ella, lánguida y tierna al par que bella,

blandamente rizábale el cabello.
Era cada mirada una centella,
alternando en recíproco destello
de esas miradas húmedas y ardientes
que el corazón inundan a torrentes.

De esas miradas con que el alma quiere
en otra alma verterse y sepultarse,
último acento de la voz que muere
sintiendo el imposible de explicarse:
dulce lenguaje que el amor prefiere
al más dulce que puede imaginarse,
que el amante locuaz al encontrarlo
deja al punto de hablar por imitarlo.

Y nuestros dos actores, no contentos
con lanzarse miradas peregrinas,
se decían primores y portentos,
aunque entrambos sus voces con sordinas
sonaban menos ya que sus alientos,
que parecían fraguas damasquinas;
y hacían repetidos calderones,
en suspiros envueltas las razones.

Suspiros que el amante acompañaba
de un silbido levísimo y ligero
que la falta de diente ocasionaba,
semejante al trinado de un jilguero.
Apenas otra voz se pronunciaba,
que —“véte”—“no me quieres”—“sí te quiero”
“Nadie nos oye”—“cállate”—y el resto
que bien sabéis vosotras por supuesto.

Mas ¡ay! que entre el silencio interrumpido
por el trino largísimo de un beso,
entre el hondo y patético gemido
del labio ardiente entre los labios preso,
la sorda voz y hueca del marido
dejóse oír llamando en el ingreso,
como la voz en la tragedia suena
de un aspecto feral que entra en la escena.

¿Qué hacer? ¿Por dónde huir? ¿Por qué camino
evitar el encuentro del tirano?
¿Cómo parar el golpe del destino?
Cualquier arbitrio les parece vano.
La dama por instinto femenino
mostró al galán la cama con la mano,
mas no para brindar la mitad de ella;
¡ay! que no era tan próspera su estrella.

Mientras fue doña Clara a abrir la puerta
don Alejo más presto que una llama,
alzando el rodapié de la cubierta,
a gatas se metió bajo la cama.
Quiero dejarle allí :que se divierta
oyendo los coloquios de madama
con su marido, sin perder vocablo:
¡imaginad qué posición del diablo!

EL RELOX
(SEGUNDA PARTE)

Aquí yacen Alejo y doña Clara

—El epitafio.

Quien de vanos desdenes no se arredra
cuando en cortejos y en amores anda,
tarde o temprano en sus amores medra
si porfía tenaz en su demanda.
¿Qué puede haber más duro que la piedra?
¿Qué cosa habrá más que las olas blanda?
Y el agua al fin las mismas peñas parte,
como Ovidio Nasón dice en su Arte.

Así pues, el epígrafe propuesto
en la primera parte de esta historia
está corroborado por el texto
de aquel poeta de feliz memoria:
y yo en mi narración lo manifiesto
poniendo a punto de alcanzar victoria
al que dos meses antes, salvo yerro,
hemos visto tratado como un perro.

A gala tengo yo llevar al cabo
la verdad del epígrafe que pongo
y soy de mis epígrafes esclavo
aunque sea una sílaba, un diptongo.
Un epitafio por leyenda acabo
de dar a este capítulo, y propongo
que me tengáis por rústico y por zafio
si a buen puerto no llevo el epitafio.

Y no es esta leyenda inoportuna,
pues expresa *un sistema, un pensamiento*
(como dice Guizot en la tribuna)
que es tipo de este siglo macilento,
en que sin duda ni excepción alguna
toda la poesía es un lamento;
y debo sujetarme a dicha norma
aunque no sea más que *por la forma*.

Pienso, por tanto, hacer en adelante
disertaciones líricas completas,
en verso misterioso y delirante
como el canto mortal de los profetas.
Quiero así que mi nombre se levante
sobre los del común de los poetas,
mas por hoy tolerad la poca lima,
la humilde prosa de mi octava rima.

Y mientras yo discurro, don Alejo
en cuatro pies ¡oh mísero! soporta
la situación ingrata en que le dejo.
Pero su situación ¿qué nos importa?
Hela sufrido igual y no me quejo,
aunque mi desventura no fue corta,
no pudiendo moverme a ningún lado
por causa de un barrote condenado.

Figuraos un hombre boca abajo,
en la inmovilidad más absoluta,
tragar polvo y hacerse un estropajo
respirando... no aromas de Calcuta
oriundos de Pankaia: ¡qué trabajo
suele costar un bien que se disfruta!

Y todo ello ¿por qué? ¿por un marido?
no ¡vive Dios! por un cuñado ha sido.

Que a ser por el marido, ¡en muy buena hora!
Y más si era un alférez y un Cabrales
y si era doña Clara la señora;
mas no todos los casos son iguales.
Sea, en fin, como fuere; el que enamora
debe estar preparado a lances tales,
pues la fortuna es varia y es preciso
sufrirla con espíritu sumiso.

No sé si don Alejo era paciente,
mas, que lo fuese o no, poco valía,
porque en su situación el más valiente
paciencia ha menester, no valentía.
En cuatro pies estaba, tristemente,
oyendo que Peléznez refería
a su mujer la causa y el motivo
del súbito retorno e intempestivo.

Y fue que don Jerónimo Cardoso,
viniendo de la costa, entró de paso
a cenar con Cabral, que era goloso,
y no anduvo en la cena el vino escaso.
Siendo el huésped un hombre muy chistoso,
a contarle empezó, entre vaso y vaso,
aventuras, amores, lances, tretas,
porque no era un San Luis ni un San Nicetas.

Contó que en una aldea, enamorado
de cierta joven *hija de dominio*,
no pudiéndole hablar por el cuidado

de tres días, usó del lenocinio
de fingir que leía un gran tratado
(la *Historia Natural* de Cayo Plinio)
y como el libro el rostro le cubría,
a su salvo los ojos esgrimía.

Y como se tragarón el anzuelo
la doncella y los argos de sus tías,
y con cuántos trabajos y desvelo,
a fuerza de rondar las cercanías,
sin más testigo que el azul del cielo
se juntó a los catorce o quince días
con la joven, tras una enorme piedra,
como el olmo se junta con la yedra.

Y de qué modo, estaba entretenido,
le pillaron las tías por sorpresa,
dejando su deseo mal cumplido;
y que él agazapóse a toda priesa
tras la piedra fatal, así que vido
el triste resultado de su empresa,
ardiendo de rubor más que una brasa
porque estaba de huésped en la casa.

Y entraba el narrador en el detalle
hasta de la facción más subalterna
de aquel lirio fresquísimo del valle:
el breve pie, la torneada pierna,
el grueso muslo y el delgado talle,
la no muy blanca tez, mas sí muy tierna,
el alto pecho y el redondo cuello,
el largo, negro y sérico cabello.

Escuchaba Cabral cada proeza
hirviendo ya su sangre con el vino:
y puéstose a pensar en la belleza
de su mujer ¡oh fuerza del destino!
Se le metió la idea en la cabeza
de ponerse sin rémora en camino
con Cardoso, a las ocho u ocho y media,
y si tarda ... sucede una tragedia.

De suerte que llegó precisamente
a tiempo de estorbar que le saliera
el adorno que a Minos en la frente
Pasifae, vestida de ternera
le puso (si la fábula no miente)
por el amor de un toro, a cuya fiera
pospuso aquella impúdica coqueta
un gran legislador, un rey de Creta.

Un hijo, en fin, de Jove y de una vaca;
pero váyase Minos con sus cuernos
(de donde el nombre de cabrón se saca,
pensad si es cosa antigua) a los infiernos,
en cuya inhospital región y opaca
no tenemos nosotros que meternos.
Llegó, pues, don Cornelio muy a punto
de *interponer recurso* en el asunto.

Y a pesar de dos leguas de camino,
no se habían colmado los efectos
ni de las narraciones ni del vino;
por tanto persisúa en sus proyectos
de hacer del seductor, del libertino
con su propia mujer, cuyos afectos

distaban del marido, cuanto dista
de decir la verdad un periodista.

Así fue que jamás, desde su boda,
Cabral había estado más galante,
y aunque estaba reñido con la moda,
un espejo se puso por delante,
en que su estampa recorriendo toda
se le pintaba el gusto en el semblante,
al verse chico, gordo, colorado,
ancho de las facciones y cuadrado.

Y después de mirarse a su sabor,
entregando el espejo a su mujer,
le dijo lo llevase al tocador
con cuidado no fuéralo a romper.
Tomó luego el Pouget, de cuyo autor
las páginas se puso a revolver,
guiñando a doña Clara entrambos ojos
de ardor hinchados y de vino rojos.

No entendía la dama aquellos gestos
hacia qué fin estaban dirigidos,
ni aquellos ademanes descompuestos,
ni el saltar de los músculos henchidos,
ni el dirigirle dichos inmodestos,
ni el clavarle los ojos encendidos:
que todo esto en la calma de un esposo
era, además de extraño, indecoroso.

Y solo discurría la manera
de llevarse a Cabral del aposento,
para que don Alejo se escurriera

antes de que una tos, un movimiento,
un estornudo, en fin, le descubriera;
mas no pudo con todo su talento
impedir que hacia el lecho se llegase
y a su pie don Cornelio se bajase.

¡Y cuál fue su sorpresa cuando vido
que la mano metió bajo la cama,
buscando alguna cosa, su marido!
¡Perdida soy! dijo entre sí la dama.
Mas presto vio que solo había sido
para alcanzar... (no sé cómo se llama)
algún objeto, que al que está debajo
no le sirve de alivio en su trabajo.

Terminada esta previa operación,
don Cornelio se puso a desnudar,
como dicen en Francia, *sans façon*,
ni dar tiempo a su esposa de chistar.
Presto quedó como el primer varón
que se dejó de una mujer mandar,
a cuyo ruego y sin ninguna gana
se comió la mitad de una manzana.

Fuerza fue a su mujer seguirle al lecho
y procurar que luego se durmiera;
pero ¿cómo adormir al que en el pecho
un volcán parecía que tuviera?
Y ¿cómo contentarle, si en acecho
estaba don Alejo hecho una fiera,
no tanto por la saña y la bravura
cuanto por la cuadrúpeda postura?

Empeñóse un combate muy reñido
(sobre el cual será justo echar un velo)
entre la casta esposa y el marido,
no tan casto como ella, en cuyo duelo
el Alférez real quedó vencido:
y el amante, escuchando desde el suelo,
servía de padrino, acongojado
de pensar cual sería el resultado.

Cobrando aliento para nueva lid,
entre su vencedora y la pared
yacía rasguñado el adalid,
devorado de saña, amor y sed;
cada cual meditaba algún ardid
para rendir al otro a su merced,
guardando tal silencio y tal quietud,
que el lecho parecía un ataúd.

En estos armisticios y demoras
las once dan, y empieza del amante
el maldito reloj a dar las horas
con su campana sin piedad vibrante,
tan pausadas, tan claras, tan sonoras,
que a sofocar su son no fue bastante
la repentina tos y la algazara
que metió al escucharlas doña Clara.

Con la mano apretábase el bolsillo
don Alejo, al sonar de la campana,
por apagar el golpe del martillo:
¡diligencia tan simple como vana!
Cual suele acontecer con un chiquillo
que empieza a hablar cuanto le da la gana

por más que con las manos se batalla
por hacerle callar y no se calla.

Y como don Cornelio bien sabía
que de repetición como el presente,
otro reloj en la ciudad no había,
sacó por consecuencia buenamente,
que aquel reloj cuya campana oía
era el de don Alejo: y en su mente
jamás un raciocinio tan hilado
desde su infancia había devanado.

—¿Qué significa ese reloj maldito?—
exclamó don Cornelio echando un terno
en voz tan alta que rayaba en grito.
—¿Qué hace aquí esa campana o ese cuerno?
—Sosíégate, cabeza de chorlito—,
le dijo su mujer en tono tierno;
y echándole los brazos con modestia:
—Mi querido Cornelio... eres muy bestia.

—Bonitas son tus chanzas; pero explica—,
—Cabral repuso ya con faz serena—
ese reloj aquí ¿qué significa,
y dónde está, que tan cercano suena?
Quitándose del cuello la cadena,
a medida que el diálogo lo indica,
quitándose del cuello la cadena,
el reloj por el borde la cama
puso el amante en manos de la dama.

—Ahí está lo que tanto te alborota,
—díjole doña Clara: —No te asustes.

¡Jamás creí que fueras tan idiota!—
Y respondió Cabral: “di cuantos gustes,
que bien sé que lo dices por chacota.
Pero, por fin, dejándonos de embustes,
¿quién trajo ese reloj, y con qué objeto?
Vamos, mujer, descúbreme el secreto.

—Pues bien—, repuso entonces doña Clara,
supe que don Alejo lo vendía,
y antes que otro ninguno lo comprara
le mandé yo decir que lo quería,
que me enviase el reloj y que guardara
hasta que tú volviesses, que sería
mañana a más tardar, para pagarlo:
y don Alejo no tardó en mandarlo.

¿Y cuánto quiere el bárbaro por él?,
preguntó todo trémulo Cabral—.
—Porque ese es un judío, es un lebrél
y se vendrá pidiéndome un caudal!
La esposa replicó con voz de miel:
—Eres, cornelio mío, un animal;
doscientos pesos es un precio vil
para un reloj que vale más de mil.

—Doscientas puñaladas fueran pocas—,
clamó el avaro—, para ver su odiosa
sangre correr por otras tantas bocas:
¡Habrás visto semejante cosa!
—¡Oh corazón más duro que las rocas!—
murmuró su mujer medio llorosa—.
¡Oh maldito cabrón! —pensó el amante—
¡Quién te cogiera a solas un instante!

—¡Doscientos pesos! El traidor ignora
¡cuánta faena y cuánta desventura
cuesta al hombre de bien lo que atesora!
¡Cómo encorva la espalda con la dura
fatiga, y cuánta angustia le devora
royendo el pan que escaso se procura
a costa del trabajo de sus huesos!
Y él, maldito de Dios... ¡doscientos pesos!

Sintió formarse en su garganta un nudo
y terminó su insólita elocuencia
con un bramido el ávido carnudo.
Escuchóle su esposa con paciencia,
y así que vio que parecía mudo
(cosa que acontecía con frecuencia)
con un par de caricias y un suspiro
les dio a sus pensamientos otro giro.

Vuelto en sí don Cornelio del acceso
tornó a sus pretensiones primitivas
rompiendo el armisticio con un beso:
y la dama tornó a sus negativas,
y a sus temores el amante preso,
dirigiendo furiosas invectivas
desde su corazón, contra el esposo,
que llamaba grosero y licenciosos.

¡Tremenda sinrazón! Pero yo creo
que el mundo de otra cosa no está lleno;
lo infiero así de todo cuanto veo,
de mi propio destino y del ajeno:
siempre llama venal al juez el reo,
el amante al marido llama obsceno,

al pobre llama infame el usurero
como el contrabandista al aduanero.

Pero todo va bien; es bueno todo
en nuestro dichosísimo planeta:
todo está calculado de tal modo
que reine la armonía más completa.
En mi querida patria, sobre todo,
al menos consta así de la *Gaceta*:
¡dejémoslo rodar!, y mientras rueda
gastemos bien el tiempo que nos queda.

Basta de digresión y voy al grano;
mas es lo malo, que decir no puedo
en lenguaje modesto y castellano
la conclusión del conyugal enredo.
Dejarla de decir no está en mi mano,
de decíroslo claro tengo miedo
porque quizá vuestro rubor su ofende...
¡Qué fortuna es hablar con quien me entiende!

Quien sepa como yo lo que son celos
contemple a don Alejo en ese instante,
gimiendo despechado por los suelos
en cuatro pies, como león rapante.
Una fiera a quien roban sus hijuelos
arde en menos furor que el triste amante
oyendo lo que oyó, y echando en cara
(entre sí) su flaqueza a doña Clara.

Pero yo la disculpo ¿qué podía
en aquel caso hacer la desgraciada?
Adormecer a don Cornelio urgía

y calmar su cabeza acalorada;
ítem, el avariento le ofrecía
en desquite la suma mencionada,
que con tanto calor negó primero:
y ¿qué razón más fuerte que el dinero?

Doscientos pesos y un reloj de oro,
en pago de una leve complacencia,
es una tentación, que sin desdoro
da en tierra con cualquiera resistencia.
¿Qué importa de un amante el triste lloro
cuando media la propia conveniencia?
lectoras que a la dama osáis culpar,
¡os quisiera poner en su lugar!

La mañana siguiente ¡cosa rara!
todo el mundo sabía la aventura
que pasó entre Cabral y doña Clara
en el silencio de su alcoba oscura.
Sea que don Cornelio la contara
o don Alejo hiciese la locura
de confiar el lance a algún amigo,
todo el mundo lo supo, como digo.

Preguntaréis, quizá, ¿de qué manera
el mismo don Alejo, y a qué hora
pudo salir sin que Cabral le viera?
Vuestro obediente servidor lo ignora;
mas luego que el marido se durmiera
es probable lograrse la señora
el hacerle salir por donde entró;
lo que yo sé decir es que salió.

Y no quiero meterme en otra cosa:
el hecho fue que en el siguiente día
todo el mundo a Pelézniz o a su esposa
llegaba a preguntar qué hora tenía.
Cada persona gárrula y ociosa
alguna buena pulla prevenía
que decir a los dos sobre el contrato:
¡Excelente reloj! ¡reloj barato!

—¡Ah! señor don Cornelio, ¿qué horas son?
¿Qué tal noche? ¿madama durmió bien?
Muéstreme usted su nueva adquisición;
¡Le doy a doña Clara el parabién!
Digo, ¿qué significa ese chinchón
que veo que le asoma por la sien?
¿Es cierto que asustaron a madama
ciertos ruidos debajo de la cama?

Estas razones, dichas tantas veces
por todas las personas que encontraba,
hicieron el magín de Pelanueces.
que su significado no alcanzaba.
—¿Qué me querrán decir con sus sandeces?—
A solas entre sí se preguntaba:
—“¿Qué me querrán decir?— y esa porfía
con trabajo en su mente resolvía.

Mas de la duda le sacaron presto
de amigos una cáfila, sin duda
por ver el nombre de Cabral bien puesto,
cada cual ofreciéndole su ayuda.
El chisme y la calumnia algún pretexto
busca sagaz, detrás del cual se escuda,

y se complace en promover el mal
afectando interés por la moral.

—Vea usted —le decía don Tonino—
que don Alejo y su señora esposa
parece que han tomado mal camino,
siento el decirlo: delicada cosa
es mezclarse en asuntos de vecino,
pero, por muy amarga y muy odiosa
que sea esta verdad, yo se la digo
para que vea usted que soy su amigo.

Don Sancho Bocafea le decía:
—Porque lo estimo a usted, señor Cabral,
vengo a decir lo que callar quería;
¿cómo ha de ser? Lo exige la moral.
Parece que su esposa... Sentiría
clavar a usted tan áspero puñal...
dizque Veraguas es su ... chischisveo...
Así lo dicen, pero no lo creo.

Don Luis Tenaza obró con más franqueza;
sin rodeos ni excusas, ni sermones,
le contó de los pies a la cabeza
el suceso, con notas y adiciones:
y para demostrarle la certeza
de tal desgracia, a más de sus razones,
le citó el testimonio de Malhaya
que hacía un mes vivía en atalaya.

Escuchaba callado como un muerto,
el marido las honras de su esposa,
con semblante confuso y aire incierto

como si compasase cada glosa:
inmóvil, cabizbajo y boquiabierto,
en una y otra arenga maliciosa,
a medias enterándose del testo,
al orador seguía con el gesto.

Mas las arengas tan seguidas fueron,
y su deshonra tanto ponderaron
a Cabral, que por fin le persuadieron
de que estaba furioso; y no pararon
hasta que ardiendo en cólera le vieron,
según de sus casillas le sacaron;
no obstante el er de suyo don Cornelio
más paciente y cabrón que Marco Aurelio.

Con el dedo tocándose la frente
pensaba cuál partido tomaría
en tan difícil caso y tan urgente,
como el de ver su honor en agonía.
Las ideas a pausas por su mente
perezosas y tardas revolvía,
como aquel que una rueda de molino
hace rodar por áspero camino.

Vino a fijar por fin el pensamiento
en consultar con fray Gregorio Holgado,
franciscano, exguardián de su convento,
gran latino, doctor y jubilado.
Hallábase en su celda soñoliento
sobre un sillón al muro recostado,
en la mano un volumen entreabierto
y el rostro más dormido que despierto.

—*Deo gratias!* —¿Quién es? —Yo soy . —¡Adentro!
tronó la voz del sabio religioso,
al salir de Peléznez al encuentro,
con paso grave, lento y majestuoso.
Saludóle, y girando sobre el centro
de su talón izquierdo, a su dichoso
sillón tornó, mostrándole por señas
al huésped otras sillas más pequeñas.

Sumido fray Gregorio en su poltrona
y después de sentado el caballero,
se comenzó a informar de su persona
y de su esposa le informó primero.
—*Nihil potentiús est muliere bona.*
le dijo, y sacudiendo el tabaquero,
llevólo a la nariz del reverendo,
y la nariz sonóse con estruendo.

Comenzó don Cornelio balbuciente
a dar razón de su presente apuro,
y el fraile a responder con en torrente
de frases en latín del más obscuro.
—Pedir consejo es de varón prudente,
Concilium bonis datur: lo seguro
es vivir bien; el sabio lo acredita:
bene vivere melius est quam vita.

—Señor —dijo Cabral—, lo que deseo
deciros brevemente es que mi esposa...
y el fraile interrumpióle: —Ya lo veo,
algún disgusto o semejante cosa.
Bien puede usted decirla sin rodeo:
la mujer es altiva y rencorosa,

Contumelias afficere est muliebre,
ni se puede tocar sin que se quiebre.

—Padre, no es eso solo lo que pasa—,
le replicó Peléznez. —Es más serio
el mal que pesa hoy sobre mi casa...—
Y el fraile: —¿Pues a qué tanto misterio?

Fictilia sunt corpora nostra vasa,
frágiles somos todos: refrigerio
del mal es confesarlo: ¡gran doctrina!
Confessio sit errante medicina.

Por mucho que admirase tanta ciencia
(ya que por ciencia su latín tenía)
Cabral se consumía de impaciencia
cada vez que el doctor le interrumpía.
—Señor—, díjole, —hablando con licencia
de su paternidad, lo que me guía
a pedirle consejo es que mi esposa
engañándose vive cautelosa...

Omnia sun fraudes el perfidiae plena
—respondióle el doctor—. Aquesta vida
de perfidias y fraudes está llena:
usted tirante téngala la brida
a su mujer y con la faz serena
dígame: “Te conozco, mi querida,
no me engañan tus fábulas astutas:
Ignota nobis verba dare putas?”

—¿Dar en qué? ¡Habría latín más insolente!
gritó Cabral, tomando su sombrero:
—Calle, padre, su lengua maldiciente...

bien puede ser verdad, mas yo no quiero
que nadie me lo diga frente a frente.
—Pero ¿qué es lo que digo, majadero?—
El fraile replicó: —Me entendéis mal.
—¡Insolente latín! —dijo Cabral.

Y el final este fue de la consulta
(si acerca del honor alguna cabe)
de que después veremos la resulta,
más de lo que parece, seria y grave.
Cuando un lance de amor se dificulta
se pone tal un hombre, que no sabe
si tiene a Satanás entre el pellejo;
y en este caso estaba don Alejo.

Y en este caso don Alejo estaba,
de rivales envuelto y de vecinos,
cada paso observándole que daba,
y cubriéndole todos los caminos.
Por cualesquiera partes se encontraba
los Malhayas, los Moscas, los Toninos,
de su conducta todos en acecho,
como si les tocase de derecho.

No es posible explicar lo que sufría
la triste doña Clara por su parte,
que bajo el celo de Cabral vivía
como bajo la guarda de un baluarte.
Escuchaba sermones todo el día,
sermones adornados con tal arte
que producían el efecto propio
que producen tres granos de buen opio.

—No, querida, no creas que me engañas
—le decía Peléznex: ¡No lo creas!
Conozco tus malicias y tus mañas—,
por más astuta y más falaz que seas.
Tú misma te descubres y te dañas
con las artes torpísimas que empleas:
Ese muliebre datur ¡voto a Cristo!
¡No sé cómo a la cólera resisto!

Es principio asentado y conocido,
que toda *acción* la *reacción* provoca,
ya sea de un gobierno, de un marido,
o de una masa que con otra choca.
La mujer de Cabral así que vido
su prisión más guardada que una roca
cual la de Gibraltar o Santa Elena,
despechada mordía su cadena.

Descuidose por fin una mañana,
y permitióle el vigilante esposo
ir a ver a su amiga doña Juana,
mujer de don Jerónimo Cardoso.
Poco tardó en hallarla en la ventana
don Alejo solícito y ansioso,
y en comenzar un diálogo con ella,
o sea idilio, en forma de querella.

—¡En fin te vuelvo a ver! En fin te miro,
—decía don Alejo— ¡Mi tesoro!
tú, más cara que el aire que respiro,
tú, más tierna que el llanto que devoro.
¿Eres, bien mío, tú? ¿O yo deliro
creyendo ver a la mujer que adoro?

¿En fin permite la fortuna avara
que yo te vuelva a ver? —Y doña Clara...*

* Nota: En este estado quedó la segunda parte, por la muerte prematura del autor.



Poesías líricas

EN UN DÍA DE CAMPO

EN SONSONATE, 1829

I

Es cosa bien conocida
que el beber a tu salud
le dá al vino la virtud
de alargar mucho la vida.
Así es, Canducha querida,
que cuando te miro creo
que vivo por que te veo
y no morir imagino,
si es que a mí me diese el vino
la salud que te deseo.

II

Llenemos otra copita
de aqueste néctar divino,
aunque nada vale el vino
si no bebe Manuelita.
Esta bebida exquisita
que alegra, aviva y entona,
que la dicha proporciona,
y que es hija de una viña,
la bebo porque te ciña
la cabeza una corona.

II

Hermosa copa que vas
a habitar en mis entrañas,
y que el corazón me bañas
con el gusto que me das:
ven acá no tardes más,
ve la dicha que te aguarda,
ven, vuela, no seas tarda,
camina con prontitud,
pues te bebo a la salud
de la divina Bernarda.

DE REPENTE

I

No siempre es indiferente
el que adrede lo publica
que este mismo empeño indica
lo que pasa interiormente.
Su indiferencia aparente
que tan bien sabe fingir,
la fingirá hasta morir,
pues para mayor pesar
se véobligado a callar
lo que quisiera decir.

II

Te haces muy poco favor
si piensas, Anarda amable,
que a un triste mortal es dable
verte y no tenerte amor.
Conócete a tí mejor,
conóceme a mí también,
que mi amor se muestra bien,
y el caso lo has de mirar
si has visto representar
“El desdén con el desdén”.

III

No todo se ha de entender
en sentido tan estrecho,
que en siendo por mi provecho
hablo como es menester.
Lo mismo sabes hacer
si con algún temor hablas
en conversación que entablas;
pues las bolas de billar
no todas se han de tirar
directas, sino por tablas.

JUGUETE

EN CONTESTACIÓN A UN SONETO ENVIADO AL AUTOR

J. eneroso discípulo de	E R a	} TO
M i vencedor por más que seáis	mod E S s	
A R cuyos versos suaves hoy conte	S	
R imando sin dulzura ni	a para	
I o os envió los míos	sin P rna	
A unque ultraje a las musas que	de N ues	
N o siéndome posible traer más	D E es	
O cometer callando un	d E saca	
B uscando va el perdón que	S olici	
A queste verso de hermosura	esc U e	
T emblando con razón de haberlo	e S cri	
R esuelvo al fin enviaros el	s O ne	
E n vuestras manos él será	bo N i	
S iéndolo todo en manos de un discr E		

DÉCIMA

DE CONSONANTES OBLIGADOS

Hubo en Roma cierto *empírico*
de índole mansa y *apática*,
muy versado en la *neumática*,
de genio alegre y *satírico*.
Compuso un romance *lírico*,
Y cantó con voz *armónica*
una oda de lengua *teutónica*
en loor del Trínviro *Lépido*,
donde le llamaba *intrépido*.
¡Alabanza harto *lacónica*!

DÉCIMA

ENIGMA

Lector, si eres entendido
Adivina el nombre amado
Bien puesto y disimulado
En este verso escondido.
Reflexiona que el sentido
No indica como se llama
Aquesta querida dama.
Recorre a las letras pues,
Donde encontrarás talvez
Al objeto de mi llama.

OTRA

DE DOBLE SENTIDO, LEYÉNDOSE DE ABAJO PARA ARRIBA

Si crees, Silvia, que te quiero,
crees muy bien; y crees muy mal
si crees que no soy formal,
si crees que soy embustero.
Crees, Silvia, lo verdadero
si crees que te amo de veras,
estás creyendo tonteras
si estás leyendo al revés.
Es mentira; y muy bien crees
si cierto mi amor creyeres.

CUARTETO DE IGUAL CLASE

Si te han dicho que te quiero
te han dicho bien, y han mentido
si te han dicho por descuido,
que solo amo tu dinero.

ROMANCE

Es un joven desgraciado
como una rosa marchita,
frescura y color le quita
el sol que la ha marchitado.

Apenas la sombra queda
de la forma que perdió:
Ya el olor se disipó,
no hay quien volvérselo pueda.

Huye de todo consuelo
que el infeliz no le tiene:
Ni esperanza le mantiene,
este grato don del cielo.

En su profundo estupor
y desesperada calma,
ya no lisonjean su alma
ni la gloria ni el honor.

Como un volcán abrasado
su adolescencia pasara,

¡cuán violento palpitará
su corazón arrojado!

Hoy para él todo está muerto,
que el corazón arrogante
cayó frío en un instante
y de tristeza cubierto.

Otro hombre jamás ha habido
que algún bien no haya gozado;
mas él siempre desgraciado
y nunca dichoso ha sido.

La esperanza ni una vez
vino a alimentarle un rato;
no tendrá un recuerdo grato
con que aliviar su vejez.

Mírale, tierna doncella,
mira aquella alma postrada;
que encienda una tu mirada
la vida que aún resta en ella.

Para la piedad naciste,
tu misión es la ternura,
no seas con él tan dura;
velo: casi ya no existe.

Mas ¿rehusas, doncella hermosa,
dar fin a tan cruel tormento?
¿No te mueve ni un momento
su desdicha lastimosa?

Ya su mal está colmado.
¡Oh muerte! ¡Oh nada desierta!
abre, eternidad, tu puerta
para que entre un desgraciado.

Agosto de 1831.

A LA ROSA

ODA

Traducción de la *Oda anacréontica*
de Bernard, *Tendre fruit des pleurs de*
l'Aurore.

Tierno fruto del llanto de la aurora,
reina de los jardines soberana
del imperio de Flora,
que en la fresca mañana
en recompensa del olor que exhibes
dulces besos del céfiro recibes:

Abre al momento el virginal capullo,
presta tus hojas a la suave brisa,
muéstrate con orgullo...
mas no; no te des prisa,
que el instante en que más vas a hermostearte
es el mismo que debe marchitarte.

Flor nueva como tú, Flérida bella,
más que tú es fresca, hermosa, rutilante,
tú has de brillar como ella,
y ella a tí semejante,

en llegando la tarde de su vida,
marchita se verá y descolorida.

Mas hoy, vete a morir en su albo seno;
¡cuánto envidio tu dicha, tierna rosa!
En jardín tan ameno
tú no serás hermosa:
de envidia morirás, y es tal mi suerte
que trocara mi vida por tu muerte.

En el seno de Flérída un suspiro
te dará nuevo ser: sabrá guiarte
amor en tu retiro
do debes inclinarte.
No incomodes su vista aún sin pensarlo,
su pecho adorna, mas sin ocultarlo.
Si algún mortal con atrevida mano
envidiando tu dicha y tu destino,
sacrílego, profano
llega al vergel divino,
véngame con tus armas naturales,
guarda una espina para mis rivales.

Diciembre 10 de 1831.

LA TRANQUILIDAD

Del filósofo el ánima quieta
no de Cintio la palma ambiciona:
ni de Marte sangrienta corona,
ni de amor engañoso placer.
Con espíritu libre y tranquilo

ve formarse y pasar la tormenta:
ni del grande el favor le contenta
ni le asusta enemigo poder.

El efímero público incienso
por él pasa y ni rastro le deja:
ni la injusta censura le aqueja
ni del necio la burla mordaz.
Ni del cínico afecta el desprecio,
ni del fatuo el orgullo insolente:
en sus obras un medio prudente
es origen de dicha y de paz.

Del selvático músico escucha
en el bosque los dulces gorjeos.
¡Qué agradables son estos paseos
solitarios, del alba al nacer!
Si de un límpido arroyo a la orilla
se reclina en el césped verdosos,
¡qué feliz es en este reposo!
Con que gusto eé el agua correr.

1832.

EL CAZADOR

FÁBULA

“Válgame Dios, qué calor,
y qué suelo tan mojado”:
Decía desconsolado
una tarde un cazador.

“Sobre tanto caminar
y venir desde tan lejos
lleve el diablo los conejos
que hay en todo este lugar”.

“Es cosa de que me admiro
que no haya en la tierra un pelo
ni una pluma en todo el cielo
para disparar un tiro”.

“Mejor es irme de aquí
camino de la laguna:
puede ser que la fortuna
se compadezca de mí”.

Dijo, y con el arma al brazo
fue bajando la colina,
aquí le punza una espina
más allá se da un porrazo.

Después de un largo rodeo
al fin divisa en el llano
un espacioso pantano
objeto de su deseo.

Hacia el borde se encamina,
orla de barro y de cieno,
y en el paludoso seno
descubre una ave marina.

Cual por un jardín florido,
sobre el helecho y el césped

iba de la selva el huésped
por entre el lodo podrido.

A cada paso que daba
en el lodazal caía
y el ruido con que lo hacía
a las ranas asustaba.

Entonces solo del cierzo
se oye el silbido lejano,
o en el fondo del pantano
el graznido de un escuerzo.

A medida que se acerca
su marcha ocultar procura
cubierto con la espesura
de un zarzal o de una cerca.

Y a pesar de su cuidado
el ave escucha ruido:
levanta el cuello crecido
y mira uno y otro lado.

El cazador se detiene,
se agazapa y está quedo,
sin osar mover un dedo
y hasta el aliento contiene.

Para pasar adelante
corta una rama y la mece:
de manera que parece
un arbolito ambulante.

Con este apercibimiento
un pie zambulle en el lodo,
que se va con pierna y todo
en tan frágil pavimento.

El otro mete después,
da un paso igual al primero,
y sigue su derrotero
con las manos y los pies.

Después de trabajos mil
y fatiga sin igual,
llega a estar del animal
a buen tiro de fusil.

Su arma entonces endereza,
apunta por breve rato,
sale el tiro... vuela el pato,
y él se rasca la cabeza.

¡Oh qué desesperación
la que el buen hombre mostró
cuando a su casa volvió
sin un ave en el bolsón!

Se quejaba de su suerte,
el destino maldecía,
y en la furia que tenía
por poco llama a la muerte.

Como supo este pasaje
un su vecino sesudo,

le decía cachazudo
por aumentar su coraje:

“Compadre, ¿de qué se inquieta?
No fue culpa del destino,
sino de su poco tino
en apuntar la escopeta”.

*En la mejor posición
de nada le sirve estar
al que no sabe sacar
partido de la ocasión.*

1833.

CUENTO

Una vieja soltera se moría
y sin cesar pedía
al confesor que estaba cerca de ella
la palma y la corona de doncella;
y su afán era tanto,
que era capaz de impacientar a un santo,
aunque no lo mostrase el padre cura,
hombre muy ponderado de dulzura.
Una de tantas veces, sin embargo,
que estaba repitiéndole el encargo
nuestra virgen anciana
por centésima vez en la mañana,
aburrido el pastor de aquella tema
a la vieja le dijo con gran flema:
“Mire, tía Pascuala, que la cosa

es algo peligrosa,
pues si su doncella no es verdadera,
y la van a enterrar de esa manera
cubierta con insignias virginales,
el menor de sus males
será el ir al infierno en cuerpo y alma,
tan solo por la culpa de la palma;
mírese bien en ello, madre mía,
y no le salga cara su porfía”.
“El Señor, le responde, me es testigo
que no reza conmigo
eso que usted acaba de decirme.
¡Si por algo no temo yo el morirme...!
Ello... al fin... es del todo... indiferente.
Pero... mejor será... porque la gente
no vea... vanidad en mi persona,
que me entierren sin palma ni corona”.

1833.

SUICIDIO

Llegó en fin a este presidio*
inserta en *El Semanario*
(Pperiódico literario)
la contienda del suicidio
para matar el fastidio,
por no decir otra cosa,
saco mi Musa quejosa
de vivir arrinconada,

* El autor se hallaba ausente en un pueblo.

como quien saca su espada
para ver si está roñosa.

A todos hablar prometo
sin ofender a ninguno,
que a todos, uno por uno,
los estimo y los respeto.
A decidir no me meto
quién es quien tiene razón;
solo diré mi opinión
con modestia o sin modestia
que suele causar molestia
afectar moderación.

Muchos siglos van corridos
desde que hay suicidados,
amantes menospreciados
y jugadores perdidos.
Tantos sabios distinguidos
han tratado del esplín
y del suicidio, que al fin
disputar está demás
sobre si es *nefas* o es *fas*,
(que yo también sé latín).

Tengo por mal argumento
para quitarse la vida
el citar algún suicida
de valor o de talento.
Por uno se encuentran ciento
de la más ilustre fama
que terminaron su drama
enfermos, asesinados,

borrachos, apaleados,
en la horca y en la cama.

Lector, si fuera a exponerte
tantos ejemplos diversos,
llegaría haciendo versos
a la hora de mi muerte.
Citaré algunos, y advierte
que no quiero fastidiarte;
ve leyendo hasta cansarte,
y así que estés muy cansado
descansa lector amado,
no vayas a suicidarte.

Marco Bruto se mató
por no vivir en cadenas,
y para alivio de penas
Cayo Casio le siguió.
Cada cual en esto erró,
y aunque probarlo no sé,
a Montesquieu citaré
que dice que cada cual
hizo en matarse muy mal,
y él sabrá muy bien por qué.

Esos dos se suicidaron,
y Pompeyo... pero no,
Pompeyo no se mató,
a Pompeyo lo mataron.
Y ni muerto lo dejaron
(es cosa que escandaliza)
que con una hacha maciza
le dividieron el cuello.

De solo pensar en ello
hasta el pelo se me eriza.

Mitridates rey del Ponto,
se mató, no por su mano,
mas por la de un veterano
muy obediente y muy tonto.
Ero se echó al Helesponto
al ver a Leandro ahogado
(el pobre no era pescado
y nadar de noche, a oscuras)...
¡Ay, infelices criaturas!
Dios las haya perdonado.

Aníbal tomó veneno,
Scipión murió degollado,
Cinna fue descuartizado
y arrastrando por el cieno.
Cleopatra metió en su seno
el gusanillo del Nilo,
de peste murió Camilo,
Adriano de hidropesía,
y Séneca de sangría
por orden de su pupilo.

Lucrecia de una estocada
le dio fin a su existencia,
a mi entender por demencia
más bien que por recatada.
Safo al revés; desechada
por un mozo vagabundo,
tuvo un pesar tan profundo
que de un salto se mató:

salto que no diera yo
por todo el oro del mundo.

El apóstol Iscariote
se echó un dogal en la gola
por falta de una pistola,
de un puñal o un garrote.
Les deseo el mismo lote
a todos los sucesores
que a su patria y bienhechores
clavan sáetas agudas,
¡Que se maten como Judas
los ingratos, los traidores!

De los hombres que vinieron
y su nombre nos dejaron
unos cuantos se mataron
y los demás se murieron.
Lo mismo que ellos hicieron
haremos en conclusión.
Esta es la sola razón
clara, palpable y notoria
que se saca de la historia
acerca de la cuestión.

Nadie me puede negar
que le pongo en que elegir
sobre el modo de morir
un modelo que imitar.
Si me quieres preguntar,
lector, cuál me gusta más,
(quizá lo adivinarás)
digo lo que tú dirías,

es decir, Enoch y Elías
que no murieron jamás.

Si el matarse es cobardía
o si es acto de valor
es cuestión que con furor
se discute cada día.
Si es prudencia o tontería
es lo que decir no puedo;
pero afirmo con denuedo,
ya que de afirmar se trata,
que es cobarde el que se mata
cuando se mata por miedo.

El alacrán se suicida
cuando lo cercan de fuego:
se suicida el topo ciego
de un golpe o de una caída.
También se quita la vida
la mariposa en la llama;
buscando lo que más ama
se mata el hombre enviciado,
y con un corsé apretado
suele matarse una dama.

Mas solo de esta manera
es permitido matarse:
herirse o envenenarse
es delito en donde quiera.
¿Quién hay que tan necio fuera
que negara la partida,
cuando digo que el suicida,

desde Siam al Perú
y del Brasil al Pegú
tiene pena de la vida?

Descansa ya, musa mía,
de tan penosa jornada,
que no estás acostumbrada
a tanta carnicería.
Gustoso continuaría
escuchando tu canción;
mas no tengo corazón
ni soy capaz en conciencia
de ver con indiferencia
semejante matazón.

1836.

SAN JUAN

*Sylva capax avi, validaque incurva senecta;
Aeternum intonsoe frondis stat pervia nullis
Solibus.....
..... et exclusoe pallet mala lucis imago.*

STATIUS. THEBAIDA

De fieras poblado, de selvas cubierto
que vieron erguidas cien siglos pasar,
allá en Nicaragua se extiende un desierto.
Su historia... ¿ninguna? su límite... el mar.

Montañas sin nombre las nubes asaltan
de yermo lanzadas do esconden el pie;
sus faldas en vano de verde se esmaltan,
de alfombras se cubren que el hombre no ve.

No guarda en su seno ni mieses ni flores,
no viste sus valles de espléndidas galas,
no danzan en ellos ni cantan amores
apuestos donceles con lindas zagalas.

Sin templos, sin puentes, sin arcos, sin muros,
ni granjas, ni apriscos, ni huellas humanas,
por esos desiertos callados y oscuros
ni cúpulas brilla ni suenan campanas,

Ni triscan ganados, ni hogares humean,
ni riegan jardines arrojados suaves,
ni cultas campiñas la vista recrean,
ni trilla la tierra domésticas aves.

Sus vegas infestan salvajes desnudos
cruzando sus aguas en toscos acales:
caimanes feroces, voraces, membrudos,
disputan con ellos sus turbios canales.

Allí la serpiente sus roscas arrastra
colgada la vista del leve esquirol,
en húmedo surco trazando su rastra
que nunca secaron los rayos del sol.

Sus alas fornidas el águila tiende,
del monte corona, del viento sultana,

la atmósfera gime que rápida hiende
apenas descubre su presa lejana.

Del tigre sangrienta la cuádruple garra,
su paso revela grabada en la tierra
o el bálsamo duro y el cedro desgarrado,
en cuya corteza profunda se entierra.

Parece el desierto coloso dormido
que inmóvil ostenta su máquina inerte;
gigante que yace por tierra tendido
en torno velándole un ángel de muerte.

Azul y amarillo sus anchas espaldas
un manto cobija, con montes por borlas
y abismos por pliegues, haciendo a sus haldas
del mar las espumas blanquísimas orlas.

Del mar al oriente conturban las olas,
¡oh páramo inmenso!, tu mágica escena,
royendo tus playas ardientes y solas,
tragando tus ríos, mordiendo tu arena.

Tus fastos publican, sin más monumentos
ni rotas columnas que marquen tus eras,
tus ceibas que arrancan con raíces los vientos,
o heridas del rayo tus altas palmeras.

Mortales aromas tus auras derraman,
tu ambiente es ponzoña, tu brisa huracán,
tus trovas de amores las hondas que braman,
tus luces la hoguera que arroja el volcán.

Tus hojas devoran la luz de la luna
al suelo robando sus rayos de plata;
distante, dormida, la clara laguna
su disco refleja, su imagen retrata.

Tu nombre tenía mi amigo, mi hermano*
sobre él derramaste tu odioso veneno
apenas bebiendo su aliento lozano
el hálito impuro que brota tu seno.

¡Por él te maldigo! ¡Por él te saludo!
Mis lágrimas guarda, maldito desierto;
de prados, de mieses, de flores desnudo,
de fieras poblado, de selvas cubierto.

MARÍA

Esa que veis, gentil como la aurora,
ninfa graciosa del rosado velo,
tierno destello del azul del cielo,
exhalación de Céfito y de Flora;
Esa deidad que entre los hombres mora
como flor trasplantada de otro suelo,
como avecula que cortó su vuelo
y en nido extraño por su nido llora,
más serena que el iris de la alianza,
más plácida que el rayo de la luna,
más fresca que la gota del rocío,
más suave que el placer de la esperanza,

* Alude a la muerte de don Juan Batres, hermano del autor, acaecida en San Juan de Nicaragua.

más dulce que el reir de la fortuna,
es la beldad que adora el pecho mío.

1839.

AL VOLCÁN DE AGUA*

Sobre la gran muralla americana
altivo torreón, vecino al cielo,
su cúspide levanta soberana,
a do jamás osó llevar su vuelo
la reina de las aves atrevida
que en la cuna de Júpiter anida.

Gigante es almolonga entre los montes,
Fuerte soberbio, grande entre los grandes
¡Cuál domina millares de horizontes!
¡Cómo huella la cumbre de los andes!
¡Cómo mira a su falda avasalladas
de cien montes las cimas encumbradas!

Cuando animado el pensador profundo
de la sublime inspiración divina
quiere ver a sus pies el ancho mundo
y al vértice elevado se encamina,
¡cómo va sus ideas ensalzando
al par que va subiendo y va mirando!

* Llamado así vulgarmente a causa de las aguas que recogidas en sus cráter, lo rompieron, causando la inundación de la primitiva ciudad de Guatemala en 1542.

Allá en su patria misma el fiero rayo
oye bronco tronar bajo su planta:
y el sol que el monte hiere de soslayo
y la nube que lenta se levanta,
y su sombra, contempla, que distinta,
cual espectro en la atmósfera se pinta.

Verde, risueña, alegre, la campaña
que mil arroyos cruzan argentinos
divisa, y la ciudad y la cabaña,
y el cerro con sus bosques y sus pinos,
el lago de cristal, la fértil vega
y el río transparente que la riega.

Mira a un lado el océano poderoso
cuyas ondas azules va lamiendo
la inmóvil planta al terrenal coloso.
Al Izalco, por otro, mira ardiendo
y allá en una comarca más distante
el Momotombo mira fulminante.

Y sin saciar su vista ni su mente,
por estrecho sendero y escapado
baja de la montaña lentamente
el sabio a sus ideas entregado;
tal virtud, tal poder, tal fuerza encierra
jaquel gran monumento de la tierra!

Se vuelve y ve de la montaña erguida
en la cintura atlética azulada
cándida zona en derredor ceñida,
y la sublime cúpula adornada

de suspendida nubecilla leve,
deshecha y pura y blanca como nieve.

Y el filósofo en éxtasis admira
las obras portentosas de natura
y quiere comprenderlas y suspira
al ver su presunción y su locura;
y su saber y su razón humilla
ante el autor de tanta maravilla.

Luego exclama el filósofo admirado:
“¿Ves ese monte altivo y desmedido
que tantísimos siglos ha pasado
grande, soberbio, silencioso, erguido,
cual monarca del norte de los andes?
Pues ahí cerca hay otros dos más grandes”.

1839.

YO PIENSO EN TI

Yo pienso en ti; tú vives en mi mente
sola, fija, sin tregua, a toda hora,
aunque talvez el rostro indiferente
no deje reflejar sobre mi frente
la llama que en silencio me devora.

En mi lóbrega y yerta fantasía
brilla tu imagen apacible y pura,
como el rayo de luz que el soy envía
a través de una bóveda sombría
al roto mármol de una sepultura.

Callado, inerte, en estupor profundo,
mi corazón se embarga y se enajena,
y allá en su centro vibra moribundo
cuando entre el vano estrépito del mundo
la melodía de tu nombre suena.

Sin lucha, sin afán y sin lamento,
sin agitarme en ciego frenesí,
sin proferir un solo, un leve acento,
las largas horas de la noche cuento
 ¡y pienso en tí!

CANCIÓN

Aquí en mi pecho oculta está
mi violenta pasión;
mudo a tu vista callará
temblando el corazón.

Jamás, jamás te pediré
que calmes mi dolor,
y silencioso yo sabré
morir de tanto amor.

Eterno fuego arderá en mí
con palidez mortal,
oculto a todos y aún a ti,
cual llama sepulcral.

Destroza, hiere sin piedad,
duplica tu rigor
si puedes ver con frialdad
morir de tanto amor.

Lejos de ti presto estaré;
huye de mí, que yo
siempre por ti preguntaré,
si eres feliz o no.

Amar, callar, vivir sin tí,
vivir en el dolor,
tal es mi suerte, Cora, sí
tal es mi triste amor.

A PIRRA

(Traducción libre de Horacio, *lib. I*, oda V)

¿Quién es ¡oh Pirra! el doncel
que entre perfumes y flores
te dice blandos amores
en la gruta del vergel?

¿A quién con nardos y rosas
tejes el blondo cabello?
¿En qué nueva faz el sello
del ardiente labio posas?

¡Cuántas veces inocente
ese que en tu fe confía,
llorará la boca impía
que ora acaricia su frente!

Hoy se goza en la beldad
que tanta dicha le ofrece,
en la calma se adormece
sin temer la tempestad.

En plácido mar navega,
el aura su sien halaga,
y al soplo del aura vaga
la blanca vela despliega.

¡Pobre niño que no sabe
cómo se torna improvisa
en huracán esa bisa
ahora mansa y suave!

En breve el dormido mar
alzarse verá tremendo;
turbias, henchidas, hirviendo,
las olas verá rodar.

Yo la tormenta pasé,
testigo el muro sagrado
en que el vestido mojado
al dios del mar dediqué.

A LEUCONOE

(Traducción libre de Horacio, *lib. I*,
oda XI)

No te afanes, Leuconoe, por saber
el final que los Dioses hayan puesto
a tu cara existencia y a la mía,
inútil es saberlo.

Ni consultes tampoco babilonios
astrológicos números inciertos,
¡Cuánto es mejor sufrir lo que viniere
con ánimo resuelto!

Ya Júpiter propicio nos conceda
el gozar dilatados los inviernos,
o el presente, por último, y no otro
permita que pasemos.

El cual, ahora mismo, embravecido,
a los peñascos cóncavos opuestos

azota con furor y debilita
las aguas de Tyrreno.

Cuerdamente dispón, y ve colando
los generosos vinos más añejos,
y reduce tus largas esperanzas
a solo este momento.

Mientras hablando estamos envidiosa
huye la edad, corre veloz el tiempo:
coge, pues, este día, y aprovéchalo,
sin creer el venidero.

JOSÉ BATRES MONTÚFAR

Nació en San Salvador en 1808 y murió en 1844 en Ciudad de Guatemala. De familia aristocrática venida a menos, tuvo una vida precaria. Las dificultades económicas y los sufrimientos no le dieron tregua en su breve existencia. Tenía un genio despierto y cultivado (sabía inglés, francés, italiano y latín). Hacia 1824 ingresó a la Escuela Politécnica en donde logró el grado de oficial de artillería. Fue muy reconocido también en su tiempo por su maestría con la guitarra. En 1829 participó en la campaña de la facción Aycinena contra Morazán y, luego de la derrota, estuvo preso dos años en El Salvador.

A su regreso a Guatemala estudió para ingeniero topógrafo y en 1837 fue comisionado por el Gobierno para asesorar a John Baily en la expedición al río San Juan, en Nicaragua, con el objetivo de realizar los estudios para el canal interoceánico. Se hizo acompañar de su hermano menor, Juan, que murió víctima de la malaria. A su regreso de Nicaragua trabajará las *Tradiciones de Guatemala* (cuentos en verso) que no verá impresas. La brevedad del corpus de su obra no ha sido obstáculo para que se la considere central en el canon de la literatura guatemalteca.

Poesía: *Poesías* (1845).

CONTENIDO

Carta del Dr. Alejandro Giammattei a los lectores	7
Lecturas Bicentenarias: Un recorrido histórico por las letras guatemaltecas	9
Presentación editorial	11
Prólogo a la XX edición (José Milla)	17
Opinión literaria (don Marcelino Menéndez Pelayo)	31
Opinión literaria (P. Don Francisco Blanco García)	37
Opinión literaria (don Juan Valera)	39
Un cuentista (Boris de Tannenberg)	41
Opinión literaria (Alcalá Galiano)	47
Discurso (Manuel Valladares)	49

TRADICIONES DE GUATEMALA

Don Pablo (primera parte)	55
Don Pablo (segunda parte)	67
Las falsas apariencias	81
El reloj (dedicatoria)	95
El reloj (primera parte)	97
El reloj (segunda parte)	143

POESÍAS LÍRICAS

En un día de campo	169
De repente	170
Juguete (en contestación a un soneto enviado al autor)	172
Décima (de consonantes obligados)	172

Décima (enigma)	173
Otra (de doble sentido, leyéndose de abajo para arriba)...	173
Cuarteto de igual clase.....	174
Romance	174
A la rosa (oda)	176
La tranquilidad.....	177
El cazador (fábula).....	178
Cuento	182
Suicidio	183
San Juan	189
María	192
Al Volcán de Agua	193
Yo pienso en ti	196
Canción.....	197
A Pirra	198
A Leuconoe	199
José Batres Montúfar	203

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN
LECTURAS BICENTENARIAS

01 * *Popol Vuh*

(Traducción de Francisco Ximénez)

02 * *Rusticatio Mexicana*

Rafael Landívar

(Selección de Francisco Morales Santos)

Traducción de Ignacio Loureda)

03 * *Poesía Periodismo Personaje*

María Josefa García Granados

(Selección de Enrique Noriega)

04 * *Poesías*

José Batres Montúfar

05 * *Cuadros de costumbres guatemaltecas*

José Milla y Vidaurre

06 * *El despertar del alma*

Enrique Gómez Carrillo

07 * *Poesía de Luis Cardoza y Aragón*

(Selección de Enrique Noriega)

08 * *La Oficina de Paz de Orolandia*

Rafael Arévalo Martínez

09 * *Romances de la barriada*

Manuel José Arce y Valladares

10 * *Cuentos*

César Brañas

(Selección de Francisco Morales Santos)

11 * *El Señor Presidente*
Miguel Ángel Asturias

12 * *El Resucitado*
José Humberto Hernández Cobos
(Estudio preliminar de Delia Quiñónez)

13 * *La Oveja negra y demás fábulas*
Augusto Monterroso

14 * *Antología personal de poesía*
Margarita Carrera

15 * *Cuentos de Joyabaj*
Francisco Méndez

16 * *Cárcel de árboles*
Rodrigo Rey Rosa

17 * *Sq'aqaw yechel aqanej / Gemido de huellas*
Sabino Esteban Francisco

18 * *Poemas grises*
Isabel de los Ángeles Ruano

19 * *Eva y el tiempo*
Lorena Flores Moscoso

20 * *Esta desnuda playa*
Ana María Rodas

21 * *La Independencia:
Su bicentenario (1821-2021)*
Enrique Noriega

Poesías de José Batres Montúfar, se terminó de imprimir en los talleres de Grupo Impresos Unidos S. A. (6.^a calle 11-17 zona 2, Ciudad de Guatemala) mes de noviembre de 2021, a 200 años de fundación de la República de Guatemala. El tiraje fue de 1000 ejemplares, impresos sobre papel bond *beige* de 75 g.

JOSÉ BATRES MONTÚFAR, conocido también como Pepe Batres, es uno de los poetas del siglo XIX más recordados en el ámbito literario y cultural, pues ha sido un modelo para la literatura nacional. El presente volumen presenta las *Tradiciones de Guatemala*, que retratan un pintoresco cuadro de los últimos años de la época colonial, cuyo humor refleja el genio de Batres. Además de sus *Poesías líricas*, en donde se encuentra el poema más recordado por los guatemaltecos: “Yo pienso en ti”.

Entre los escritores de renombre, José Milla afirma que en donde Batres se ha manifestado “como un verdadero poeta y digno de ese nombre, es en el cuento que lleva por nombre *El Relox*”.

La corta vida de Batres no trascendió en vano, pues tal como Milla lo afirma: “¡Batres ya no existe!... Cerráronse sus ojos a la luz y su corazón al sufrimiento. Quédanos, sin embargo, una memoria suya consignada en las páginas de este libro que él nos dejó como una parte de sí mismo”.

LECTURAS BICENTENARIAS es una colección conmemorativa impulsada por el Ministerio de Cultura y Deportes a través de Editorial Cultura y del Banco de los Trabajadores. Los libros seleccionados conforman una pequeña muestra de las obras fundamentales de la literatura guatemalteca de los últimos siglos; con la intención de alimentar el catálogo de la red nacional de bibliotecas públicas de Guatemala, así como para el deleite de los lectores que deseen conocer su presente, a través de las voces de grandes mujeres y hombres que trascendieron a su tiempo por medio de la palabra que hoy nos convoca, para nombrar a este país desde el entramado de la memoria colectiva.

ISBN: 978-9929-774-44-5



9 789929 774445



GOBIERNO de
GUATEMALA
DR. ALEJANDRO GIAMMATTEI

MINISTERIO DE
CULTURA Y
DEPORTES



BANTRAB